



NUEVOS CUENTOS COLOMBIANOS

Selección y notas
Elkin Obregón S.



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

NUEVOS CUENTOS COLOMBIANOS

Compilación y notas
Elkin Obregón



Primera edición
5.000 ejemplares
Medellín, mayo de 2009

Edita:
Fundación CONFIAR
Calle 52 N° 49-40
Tel. 513 0339 - 571 8484 Ext: 201-364 Medellín
confiar@confiar.com.co
www.confiar.coop

ISBN volumen: 978-958-99050-0-5
ISBN obra completa: 958-4702-7

Diseño e Impresión:
Pregón Ltda.

Este libro no tiene valor comercial
y es de distribución gratuita

Índice

Esa señora tan buena	7
Lucía Donadío Copello	
Huid de la primera mirada.....	17
Luis Miguel Rivas	
Cambio de renglón.....	29
Ángel Galeano H.	
Caracolas de arena	37
María Adelaida Echeverri Villa	
Navidad en Eisleben.....	49
Libaniel Marulanda	
Se vende vestido de novia.....	61
Claudia Arroyave	
Handel	73
Mauricio Botero Montoya	
Prokofiev	79
Mauricio Botero Montoya	
Alicia y las maravillas	85
Consuelo Posada	

Cita Teresita	93
Carlos Mario Gallego	
Las inmigrantes	103
Beatriz Botero	
Cinco relatos cortos	115
Pedro Arturo Estrada	
<i>Arcángelico</i>	117
<i>Sombra de caín</i>	119
<i>Nerón</i>	121
<i>Atila</i>	123
<i>Sade</i>	125
Antígona	127
Óscar Darío Ruiz Henao	
Gajes del oficio	133
Javier Gil Gallego	
Plazo cumplido	141
Olga Elena Martínez	
Quien nace para maceta	153
Luis Mejía Londoño	
El eclipse del 98	161
Rafael Aguirre	

*Siempre habrá quienes cuenten esos cuentos,
siempre tan antiguos como el mundo,
siempre nuevos como la mañana.*

Jalil Gibrán, El profeta.

Esa señora tan buena

Lucía Donadio Copello

LUCÍA DONADÍO COPELLO. Antropóloga de la Universidad de los Andes. Diplomada en Literatura del siglo XX, de la Universidad Eafit. Editora de Hombre Nuevo Editores. Directora de grupos literarios en la Universidad Eafit y en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Ha publicado poemas y cuentos en revistas y libros, y un libro de poemas, *Sol de estremadelio*.

Llevo 27 años trabajando en esta casa. Desde el primer día, cuando llegué de aplanchadora, vi en las manos blancas de la señora una pulsera con brillanticos. Es lo único que la señora cuida y quiere. Es lo único que ha conservado con devoción en estos 27 años que llevo aquí. Nunca la ha dejado tirada ni se le ha perdido como la argolla de matrimonio, el vestido lila de fiesta, las toallitas de mano bordadas, el mantel de rosas en punto de cruz, las palomitas de cristal de las fuentes de la sala, los mamelucos del niño, la pulsera de oro de la niña, los cubiertos, y tantas cosas que ella tiene y que se le olvida que tiene. Y uno tan necesitado y tan pobre y viendo que aquí sobra la plata y la comida.

La primera vez que fue al mercado trajo tanta carne y tanto pollo que no cabía en la nevera. Era un mercado muy grande, yo nunca había visto tanta comida junta, ni en

toda la tienda de don Camilo. Viendo que no le cabía en la nevera y que yo miraba y miraba tanta cosa, la señora me regaló unas pechugas de pollo que le pedí con los ojos para hacerle un caldo a mi niño enfermo.

Mi niño estaba en la cama enfermo del corazón. La señora fue a visitarlo al hospital y le llevó pijama nueva y pantuflas y una cobija azul. Todas las semanas me daba diez mil pesos de más para las necesidades del niño, y me regalaba ropa vieja casi nueva de sus hijos y me daba un mercadito básico: frijoles, arroz, chocolate, aceite, panela y huevos.

Era muy buena la señora. Yo nunca tuve una patrona tan generosa. Ella tenía los ojos para adivinar lo que uno necesitaba y las manos para dar y dar. Pero tenía las manos torpes para lo de ella y todo se le caía o se le olvidaba. Ella por atender el teléfono y consolar a la hermana que siempre estaba enferma y sin plata, dejaba todo lo de ella tirado. Y nos ayudaba a nosotras y a los men-digos que tocaban a la puerta.

Yo veía tantas cosas que sobraban en esa casa. Un día me llevé unos tenedores que nunca usaba. Cuando los usé en mi casa pensé que los tenedores solitos no servían para nada, que lo bonito era el juego y empecé a llevarme todos los sábados, en el fondo de la bolsa del mercadito, los cuchillos y las cu-

charitas, de a uno o de a dos para que no se dieran cuenta... Luego me echaba la bendición para que el señor no me fuera a revisar el bolso, él sí es patrón, él sí manda, pero se mantiene ocupado en el trabajo o viajando.

Un día vi la pulsera de oro de la niña a la orilla de la piscina y dije se le cayó al agua y me la eché en el bolsillo del delantal. Y la señora cada vez más buena conmigo, ella se encariñaba con uno y lo trataba como a uno de la casa. Me regalaba sus vestidos viejos y sábanas y toallas. Pero yo lo que soñaba era que me regalara la pulserita de brillanticos que llevaba en su mano derecha y los mame-lucos del bebé. Me llevé tres o cuatro de los mamelucos que ya le iban quedando estrechos al niño. Seguro que la señora me los iba a regalar después, pero yo los necesitaba para llevárselos a un ahijado muy pobre que tenía.

A veces en las tardes la señora se recostaba en su cama y, aunque no se dormía, parecía ida de este mundo. Yo iba y le preguntaba si necesitaba algo, si le traía una pastilla para el dolor de cabeza, le dolía mucho la cabeza, y ella me daba las gracias hasta cinco veces. Entonces yo bajaba a la sala y veía esas palomitas de cristal, pequeñas y hermosas, y si no había nadie en la casa me sentaba en la silla de la señora, y un día sin pensarlo siquiera cogí las palomitas para mirarlas y las vi tan

bonitas que no pude devolverlas, me las llevé y cuando el señor preguntó por ellas, muchos días después, le dije que uno de los niños se las llevó al patio y las metió en el arenero y yo no pude quitárselas ni encontrarlas. Todavía las tengo en mi mesa de noche. Después el señor le preguntó a la señora por las palomitas y ella dijo que no sabía, que seguro se habían roto, que ese era un adorno muy viejo y quitó la base donde estaban las palomitas y me la regaló. Así completé el adorno.

Era muy buena la señora. Todos la queríamos mucho. Y me regalaba muchas cosas, pero el mantelito blanco con rosas de punto de cruz que más me gustaba nunca me lo regaló. Cuando mi niño se recuperó y pudo hacer la Primera Comunión, yo necesitaba un mantelito para la torta y se lo iba a pedir prestado a la señora, pero me dio pena y mejor me lo llevé. Hasta pensé en devolverlo después de la fiesta, pero lo vi tan bonito y ella tenía tantos manteles. Como dos años después de la Primera Comunión preguntó por el mantel y yo le dije que ella me lo había regalado, que estaba manchado, que si no se acordaba, que hiciera memoria y ella dijo que sí, que claro, que se le había olvidado.

A la señora se le olvidaba lo que tenía y lo que regalaba. No le gustaba arreglar los closets. A mí sí. Cuando arreglé por primera vez

el de la ropa de cama que era grandísimo, me encontré en el fondo unas toallas bordadas preciosas, que ella nunca usaba. Un sábado me llevé una y otro sábado otra y así hasta que se desaparecieron todas y nadie las extrañó.

Siempre que me llevaba alguna cosita, pensaba en la pulserita de brillanticos de la señora, pero sabía que esa sí era del corazón de la señora: se la había regalado la mamá. Los sábados cuando iba en el bus veía la mano de la señora entregándome el sueldo y veía chispear esos brillanticos. A veces me quedaba dormida en el bus y soñaba que me regalaba la pulserita.

Cuando se me casó la hija, la señora me regaló un corte de tela de flores, pero yo quería era el vestido lila que ella estrenó cuando los quince de la niña. Ese sábado ella me dejó ir temprano para organizar lo del matrimonio. Y yo entré al closet de ella a guardar unos vestidos que le había planchado la noche anterior y por mi Dios bendito vi que el vestido lila de fiesta estaba ahí de primerito, y lo cogí y lo doblé rapidito y lo metí en una bolsa. El señor estaba desayunando cuando bajé y me vio pasar con el paquete y me llamó y me preguntó que qué era eso y me hizo abrir el paquete y la señora contestó que ella me había regalado ese vestido porque ya no

le servía, y él se puso bravo y empezó a discutir con ella. Y yo salí feliz con mi vestido regalado. Esa señora tan buena.

Mi casa es tan bonita como la de la señora. Tengo tantas cosas que ella me ha regalado. Pero el señor no entiende que ella sea tan buena y ahora viven peleando. Y ella en cada pelea deja la argolla de matrimonio ahí en el borde del lavamanos. Él la regaña y le dice que se le va a perder. Y cuando el niño se me volvió a enfermar y la señora me consiguió el especialista y los remedios y pijamas nuevas y sábanas y cobijas, le agradecí mucho. Pero me daba pena pedirle el televisorcito a color que era lo único que el niño quería.

Ese sábado, cuando arreglé el baño de ellos, vi la argolla de matrimonio al borde del lavamanos y le eché mano. “Seguramente se me cayó por el lavamanos que le faltaba la rejilla”, dijo ella, cuando el señor le preguntó y la regañó. Y como seguían peleando tanto, yo creo que ella descansó de cuidar esa argolla, le hice un bien y además le compré el televisor a color de muchas pulgadas a mi niño enfermo.

Cuando la señora se enfermó y trajeron a la enfermera me dio mucha rabia, porque yo quería cuidarla. Primero dejó de caminar, luego casi no hablaba y un día ya ni comía ni

bebía nada y siempre con los ojos alledados. La hospitalizaron unos días y luego la trajeron a la casa y le montaron una cama de enferma y suero y llegaron todos los hijos.

Un miércoles se nos murió a las doce del día. Se fue quedando fría y más quieta. Estábamos el señor y las hijas y la enfermera y yo pegadita a su mano derecha. Llorábamos y rezábamos y en un descuido le quité la pulserita de brillanticos y me la metí en el delantal. Cuando el médico llegó y le abrió los ojos, le vi los ojos reclamándome la pulserita. En un descuido la saqué del delantal y la tiré detrás de la cama y luego traje la escoba para barrer y arreglar el cuarto mientras llegaban los otros hijos y dije que me había encontrado la pulserita ahí tirada, era verdad.

De *Especial Odradek, el cuento*, revista N° 12,
octubre de 2008.

Huid de la primera mirada

Luis Miguel Rivas

LUIS MIGUEL RIVAS (1969). Nació en Cartago, Valle. Comunicador social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Guionista publicitario, director de programas para Teleantioquia. Ha publicado textos y cuentos en diversas revistas culturales.

Escuchad hombres y mujeres ingenuos de todo el mundo. Vengo a advertiros de cosas que a lo mejor ya habéis vivido sin percataros. Vengo a preveniros, vengo a ayudaros: ihuid de la primera mirada! Estad atentos, sed perspicaces cuando un hombre o una mujer os mire, aprended a reconocer en el fulgor de unos ojos que se encuentran con los vuestros las sutiles partículas que pueden perderos definitivamente. En esas imperceptibles partículas está sintetizado el germen explosivo del amor. Si lo reconocéis podéis huir a tiempo. Si llegáis a ser conscientes de ello podréis escoger, definir el rumbo de vuestra historia. Si no lo hacéis, si sucumbís, no os quedará más camino que renunciar a las riendas de vuestra propia vida. Entonces ateneos: sufrid y gozad al caprichoso vaivén de los sentimientos ingobernables. Si no lo hacéis probablemente os ocurra algo parecido a lo que os voy a contar.

Soy Benjamín Correa, vecino del Barrio Mesa, ubicado en la llamada ciudad señorial, Envigado. Nací y crecí en una casa de bahareque, techos altísimos, alerones sobre la acera y ventanas de madera. Una casa hecha para que vivieran personas. No tuve padre y no es del caso contar esa parte de mi vida pero quiero decir que mis padres fueron los libros: anaqueles llenos de ediciones antiguas empastadas en cuero. De niño, adolescente y mayor conversé con don Alonso Quijano, con Robinson Crusoe, con los piratas de Sir Robert Louis Stevenson, con los expedicionarios de Jenofonte, con los aventureros de don Julio Verne, con los angustiados hijos de Fedor Dostoievsky, con los fantasmas de Edgar Allan Poe y con otros contertulios amables, sabios e incondicionales que me enseñaron a hablar, a caminar, a vivir. Nunca salí de mi casa a otra cosa que no fuera dirigirme a la biblioteca pública José Félix de Restrepo. Y así hubieran transcurrido plácidamente mis días, hasta la fecha ineludible que el destino tiene tachada en un almanaque que desconozco, si no fuera por una mirada que no supe reconocer a tiempo.

Fue una tarde de hace dos años. Había tomado de los anaqueles de la biblioteca pública un ejemplar de la colección Jackson. ¿La recuerdan?, esa que tiene como introduc-

ción algo así como “Un gran librepensador inglés dijo: la verdadera universidad hoy en día son los libros”. Se trataba del tomo de las conversaciones entre Goethe y Eckerman. Me senté a la mesa, abrí el libro y al cabo de unos segundos empecé a sentir un leve calor en el hombro. Levanté los ojos del texto y nada distinto a dos muchachas haciendo malamente sus tareas vi en la mesa del lado. Volví a iniciar el párrafo y cuando iba por el sexto o séptimo renglón, una sombra oscureció la página. Detuve de nuevo la lectura y giré el rostro a todos lados: al fondo había una madre haciendo la tarea de un párvulo que construía un castillo con libros; en el cubículo de la bibliotecaria estaba la empleada haciendo croché y en la mesa de al lado las dos jóvenes. No observé nada extraño a excepción del gesto abrupto con que una de las muchachas giró la cabeza cuando la miré.

Volví a Eckerman y Goethe pero no pude concentrarme. Algo inusitado ocurría. Pasé mi mano por la cabeza, levanté el mentón, moví el cuello a un lado como tratando de relajarme y en ese movimiento me detuve como petrificado. Ahí estaba la mirada. La joven que hace unos segundos había volteado el rostro tenía sus ojos puestos en mí. Fue sólo un instante, duró poco más de lo que dura un parpadeo. Pero todos sabemos que basta con entrever al

basilisco durante una milésima de segundo para morir. En un intento torpe por describir lo que sentí puedo decir que el calor inicial volvió a calentar esta vez no sólo el hombro sino la totalidad de mi cuerpo y que de súbito se apropió de mí la sensación de no estar solo en el mundo. En ese momento todavía hubiera podido salvarme, hubiera podido huir si mi corta inteligencia y mi precaria experiencia me lo hubieran advertido. Si alguien me lo hubiera dicho, si alguien lo hubiera escrito. Pero no lo sabía. Por eso hoy refiero mi historia para que sirva de testimonio aleccionador para las presentes y futuras generaciones.

Esa tarde me olvidé definitivamente de Eckerman y Goethe. Fingía leer y levantaba la cabeza cada dos minutos. Y cada dos minutos estaban los ojos de ella esperándome. Cada dos minutos, con mi voluntad de mirarla, *decidía* yo insuflar más aire a ese globo de goma que me maravillaba ver crecer. Cada dos minutos (voy a utilizar metáforas gastadas pero precisas) *decidía* impulsar el descenso de esa bola de nieve que me divertía ver rodar, cada vez *decidía* echar trozos de leña en la fogata para disfrutar de su crepitar.

Si, a pesar de la conmoción de la primera mirada, hubiera hecho un leve esfuerzo para volver a Goethe y hubiera valorado el acontecimiento en su real dimensión, como una

“circunstancia bella y fugaz”, de esas que nos ocurren a diario, mi vida sería hoy otra. Por el contrario, la periodicidad y la duración de las miradas se aumentaron sin pudor alguno. Al final de la tarde las muchachas terminaron su consulta y salieron. Antes de cruzar la puerta de salida Ella se detuvo, hizo como si acomodara su cabello a la altura de la nuca y me miró. A pesar de que el gesto era directo y podría parecer provocador, los ojos hablaban de timidez, de humildad, de necesidad de protección y... ¡ay Dios!... de amor.

Volví a la biblioteca al día siguiente y Ella fue sola. A pesar de mi timidez de ostra decidí hablarle y ella respondió de modo natural, amable, familiar. ¿Qué fue lo primero que le dije? No lo sé, no lo recuerdo. Quizá le pregunté la hora o pedí permiso para tomar un libro de su mesa. En las primeras horas de la noche estábamos hablando en una de las bancas del parque de Envigado. A partir de ese día mis salidas de casa tuvieron como destino cada vez menos la biblioteca y cada vez más las calles, tiendas y lugares de Ella. Fue mi Dulcinea, mi Beatriz, mi Eurídice, mi Remedios la Bella, mi Sonia. Le escribí sonetos al mejor estilo de Petrarca, cartas que hubiera envidiado el mismo caballero de La Mancha, acrósticos, décimas, coplas, poemas en verso libre y alguno que otro cuento en el que ella

era la heroína. Mi dama los leía y los disfrutaba más con el placer de quien recibe un elogio desacostumbrado que con la fruición de quien valora o por lo menos entiende una pieza literaria. “Tan lindo”, me decía después de acabar la lectura y doblaba el papel.

El proceso fue así: de las miradas pasamos a las palabras, de las palabras a las caricias, de las caricias a los besos, de los besos a los encuentros cotidianos, de los encuentros cotidianos a la pasión, de la pasión a la necesidad mutua, de la necesidad mutua a los compromisos tácitos y luego al compromiso declarado: nos hicimos novios. Yo gozaba de su universo de bailes familiares, chismes de barrio y preocupaciones cotidianas. Un universo que había estado a unas cuadras de mi casa toda la vida pero al que nunca me había acercado porque permanecía absorto en mis deliciosas y largas conversaciones con los hombres de los libros. Ella a su vez se entretenía con mis palabras, le parecía distinto y original (a pesar de lo anacrónico) mi modo de hablar y de ver las cosas. Decía que yo no tenía los pies en la tierra, pero que así me quería. Me mostró lo que era la vida real. Me enseñó que un hombre no puede pasarse toda la vida huyéndole a la realidad en un mundo de ensueños y me hizo caer en cuenta de mi ignorancia en cuestiones prácticas.

Ante su deslumbrante racionalidad me sentí culpable, comprendí y traté de aprender. Bajé de mi nebulosa para estar al nivel de ella, para merecerla. Un día me dijo que un hombre no se podía pasar soltero toda la existencia, que debía asumir la realidad, enfrentar el mundo, formar un hogar y luchar por la vida. Concluí que tenía la razón y *decidí* que nos casáramos.

Repito que una de las cosas que más me admiraba de mi doncella era su prodigioso talento para resolver los asuntos prácticos. Esa maravillosa lucidez la hizo caer en cuenta, por ejemplo, de que la casa donde nací y que había pasado a ser de mi propiedad luego de la muerte del abuelo, era un desperdicio. Dijo que los dos quedaríamos excesivamente amplios allí. Propuso negociar el caserón con un urbanizador que planeaba construir un edificio y que a cambio nos ofrecía uno de los apartamentos y una cantidad de dinero con la que, según ella, nos podríamos hacer a nuestro automóvil. Como ya dije Ella era brillante. Su sentido común y su lógica, que parecía aprendida directamente del propio Bertrand Russell me parecieron precisos para consolidar mi proceso de aprendizaje de la vida real.

En el nuevo apartamento no cabían todos mis libros, pero Ella dio con una solución

genial: encontró un comerciante que compró una gran cantidad de los ejemplares empastados en cuero a un precio poco razonable para mi antiguo criterio lírico pero excelente si teníamos en cuenta la crisis económica que sufría nuestro país, en el que además, a excepción de este comprador, nadie daba nada por un libro.

Pero no fue por esa razón por la que abandoné a mis viejos amigos de la infancia, la adolescencia y la adultez. Los dejé porque ya no tenía tiempo para ellos: conseguí trabajo y nunca más pude volver a leer. Aunque me hacían falta las palabras de mis viejos compañeros, acepté alejarme de ellos porque sabía que era el precio requerido para empezar a pensar como un marido de verdad. Yo sabía que ésa era una de las razones fundamentales para mi proceso de aprendizaje de la vida real. Por otro lado, mi Dulcinea había salido una tarde en nuestro automóvil y había tenido un accidente, en el que afortunadamente no sufrió ninguna herida, pero en el que había destrozado por completo el vehículo y ocasionado daños a otros dos carros que debíamos pagar. Por esta razón mi salario era indispensable para la economía familiar y mi trabajo una circunstancia insoslayable.

Y así creo que me estaba acercando a la felicidad —nunca la sentí pero sabía que

iba a llegar cuando realmente aprendiera a vivir como un hombre aterrizado—, hasta ese fatídico día en que Ella no regresó del trabajo. La esperé toda la noche sin poder cerrar los ojos. Al día siguiente incumplí mis obligaciones laborales y fui a su oficina. Me dijeron que había renunciado la mañana anterior y que se había llevado las cosas de su escritorio. Cuando volví al apartamento, descorazonado, unos hombres estaban sacando los muebles de nuestra sala y los montaban en un camión. Corrí, presa de la ira de Hércules, y me enfrenté a los maleantes. Uno de ellos, muy aplomado, sacó del bolsillo la identificación que lo acreditaba como empleado de una gran empresa de bienes raíces y un documento con la firma de Ella en el que se comprobaba que el apartamento había sido vendido, incluido todo el amoblado, dos días antes con pago en efectivo. Miré la firma de Ella durante un rato. Era su letra, inconfundible. Me quedé como clavado sobre el pavimento, sintiendo cómo el globo de goma estallaba en mi cara, cómo la bola de nieve monumental me aplastaba, cómo la hoguera atosigada de leña me calcinaba. Los hombres sacaron de nuestro apartamento una caja en la que alcancé a ver el lomo de cuero de una edición de las obras completas de Thomas Mann, la pasta de un ejemplar

de la Divina comedia y algunas hojas sueltas con las ilustraciones del Quijote hechas por Gustavo Doré. Vi pasar los libros, observé cómo montaban mi universo de ensueños en el camión de trasteos y entonces, como un rayo lanzado por Zeus, una frase retumbó en mi cabeza: “Ésta es la vida real”.

Los habitantes del Barrio Mesa, por cuyas calles deambulo días y noches luciendo el mismo traje raído que tenía puesto aquel día, dicen que estoy loco. Pero se equivocan. Alguna vez quisiera explicarles que no hablo solo: repito en voz baja fragmentos de libros irrecuperables. Me consuelo con el recuerdo de algunas frases que quedaron en mi memoria. Y cuando me paro en alguna esquina y a voz en cuello arengo a las gentes que pasan no digo incoherencias. Entrego un mensaje que podría salvar a más de uno: “Escuchad hombres y mujeres ingenuos de todo el mundo. Vengo a advertiros de cosas que a lo mejor ya habéis vivido sin percataros. Vengo a preveniros, vengo a ayudaros: ihuid de la primera mirada!”.

De *Los amigos míos se viven muriendo*. Fondo Editorial Universidad Eafit, Colección Letra x Letra, 2007.

Cambio de renglón

Ángel Galeano H.

ÁNGEL GALEANO H. (1947). Nació en Bogotá. Fundó en Magangué *El Pequeño Periódico*, publicación que actualmente dirige. Autor de los libros de crónicas y reportajes *Rumor de río* y *Navegantes de la utopía*, del libro de relatos *En la boca del cura y otros relatos* y de la novela *El río fue testigo*. Ganó el Premio Nacional de Cuento Carlos Castro Saavedra en 1993 y el Alfonso Castro de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia en 1995.

El tren metropolitano se deslizaba como la mantequilla en la sartén caliente. Yolanda había adquirido la costumbre de agregarle a aquel viaje, otro: el de la lectura. Aprovechando la vía sin altibajos se sentaba, sacaba su libro del bolso y se instalaba como si estuviese en la sala de su apartamento.

Cierto día, por la mañana, un brinquito imperceptible, como un hipo del vagón, hizo que los ojos de Yolanda saltaran dos palabras adelante en el renglón que leía. Atribuyó la pequeña variación a un parpadeo involuntario y devolvió la mirada para enlazar las palabras saltadas, continuando con la lectura como si nada hubiera sucedido.

Las idas y venidas siguieron, pero ya no fueron los saltitos en el mismo renglón sino el cambio evidente de línea lo que generó una especie de bucle en el hilo de aquella historia —que era la de un hombre que miraba mucho—, obligando a Yolanda a desandar

el relato. El casi imperceptible brinquito le empujó la lectura dos renglones más abajo, donde el hombre que miraba mucho se hallaba estremecido por algo que había visto, no podía dormir y pasaba las noches enteras sumido en recurrentes visiones. El sutil movimiento del metro hizo que la mirada de Yolanda se desplazara varios renglones arriba, donde el hombre que observaba mucho aún no había entrado en el desasosiego y todavía dormía, aunque con los ojos abiertos.

La lectura sufría tales vaivenes que Yolanda empezó a sospechar que algo extraño sucedía, pero la conjetura le duraba sólo unos segundos porque luego retomaba el texto olvidándose del pequeño incidente. Descubrió que el pequeño salto sucedía en el mismo lugar. Suspendió la lectura en el retorno para prestar toda su atención al instante en que el tren empezara a trepar el puente sobre el río. Desde allí se podía ver el Parque Norte con sus juegos mecánicos y el lago donde la gente iba a remar los domingos, se podía disfrutar la vista de la ciudad universitaria con sus campos deportivos y los edificios de las facultades y el teatro. A Yolanda le gustaba la fuente de la plaza central con su fiesta de agua cristalina aureolada por un pequeño arco iris. La película pasó pero sin que ella la disfrutara ese día porque su atención esta-

ba puesta en el brinquito del vagón, atenta a cualquier alteración que le permitiera conocer la causa que afectaba sus lecturas. Pero no percibió nada extraño. Cosas de la vida, se dijo, recriminándose si no sería que estaba imaginando tonterías.

Estaba a punto de olvidarse del asunto cuando, durante el viaje de regreso, el hombre que miraba mucho parecía a punto de enloquecer de tanto ver y en uno de esos recorridos que hacía con sus incansables pupilas resultó fijando su vista en ella, en Yolanda, que se leyó mirada por unos ojos color café, enigmáticos y a la vez curiosos. El tren metropolitano había sufrido de nuevo aquel sobresalto, desapercibido para los demás. Yolanda observó que sólo podía experimentarlo si iba leyendo. Así, a la mañana siguiente, pudo comprobar que cuando el metro iba en la mitad del puente sucedía el altibajo. Faltaba averiguar qué lo causaba.

Podría ser algo en los rieles, pensaba Yolanda. Pero ¿cómo comprobarlo? Tendría que ir a pie hasta el puente y eso no se lo permitirían. Lo más cuerdo sería informar al encargado del mantenimiento del metro. Sí, eso haría al día siguiente. Poco antes de abordar el metro se presentaría ante uno de los guardias, pediría que le permitieran hablar con el jefe de mantenimiento o por lo menos

con alguno de los técnicos o de los empleados encargados de la seguridad de la vía y le contaría lo que estaba sucediendo, le diría que sus lecturas estaban sufriendo alteraciones por algo que había en la carrilera. No importaba si al principio no le creían, ella insistiría. ¿Acaso estaba inventando? Más tranquila por la decisión tomada, esa noche se acostó y soñó que el hombre que miraba mucho continuaba observándola como si quisiera decirle algo. Adonde ella iba aquella mirada la seguía y cuando esos ojos entre enigmáticos y curiosos le hicieron un guiño, Yolanda despertó sobresaltada.

Era más tarde que de costumbre. Se duchó lo más rápido que pudo, pasó la peinilla por su cabello dos o tres veces nada más pero no alcanzó a maquillarse ni a desayunar, tomó su bolso a la carrera y bajó las escaleras de afán. Al regreso conversaría con los empleados del tren. A pesar de su esfuerzo no alcanzó a tomar el metro de las 6 y 15, el que acostumbraba todas las mañanas. Eso significaba que corría el riesgo de llegar tarde al trabajo, pues el próximo tren demoraría cinco minutos en pasar.

Contaba con cinco minutos, pero pensó que no le alcanzarían para conversar con el jefe de mantenimiento, así que de manera instintiva sacó el libro del bolso, se sentó

en una de las butacas y se puso a leer. Se sumergió de tal manera en el relato que no se percató de que hacía rato habían transcurrido los cinco minutos y el tren no llegaba. Sólo cuando terminó el capítulo final levantó sus ojos del libro y se asombró al ver tanta gente silenciosa y compungida en la estación. Quiso saber qué pasaba, por qué el retraso. Preguntó a unos y a otros, pero todos la miraban como sonámbulos. Al fin, uno de los guardias le informó que el tren se había descarrilado en el puente. Yolanda sintió que la abandonaban todos los parpadeos y que la garganta se le taponaba. El libro se le cayó de las manos y sin poder evitarlo se quedó lela mirando al vigilante quien, a su vez, la observaba con sus ojos cafés enigmáticos y a la vez curiosos.

De Palabras al viento (y otros cuentos). Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. Colección de Cuentos, 2003.

Caracolas de arena

María Adelaida Echeverri Villa

MARÍA ADELAIDA ECHEVERRI VILLA

(1960). Nació en Medellín. Odontóloga de la Universidad de Antioquia. Ha publicado cuentos en diversas revistas, boletines y suplementos literarios del país. También en el libro *Obra diversa*, antología del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, taller del que hace parte.

A esa hora de la tarde el sol entraba por el ventanal, acomodándose sin timidez en el sofá, en las cajas de cartón blanco y en la maleta de cuero donde aún permanecían algunas prendas. La vi erguida sobre una caja, colgaba una lámpara. Tratando de no caer, apoyó la mano izquierda en el techo, mientras con la derecha hacía malabares para manipular la esfera de trozos de cristal multicolor. En esa posición su cuerpo aparecía muy delgado y sus senos apenas se insinuaban. Su pelo rojo cobrizo se extendía ondulado hasta el final de la espalda moviéndose fresco, apacible, al girar la cabeza para dar vuelta a los dos tornillos que incrustó en el plafón. Un pantalón corto ceñía sus muslos y su cadera; las piernas, al descubierto, estaban tensas por el esfuerzo. Descendió de un salto; al encender la bombilla, un suave reflejo de azules, verdes y rojos le pintó el rostro.

Cuando pedía a todos los santos no irme al suelo con la lámpara Tiffany, vi a un hombre calvo y de barba desmañada en el edificio de enfrente, sentado, como en primera fila del teatro, ante la escena más crucial de la obra, me miraba tambalear. Sus ojos se pegaron a mi piel. Le di la espalda para manifestar mi disgusto pero no pude ignorar su presencia. Recordé a mi profesor de dibujo, sentado en una silla rígida, con sus lentes detenidos en la punta de la nariz, cuando desaprobaba cada línea, cada trazo, cada color plasmado en la tela. Maldije, igual que el día que tomé la llave del departamento, el tener un balcón frente al mío, no podía permitirme el costo de uno que tuviera vista al mar. Sólo el calor y la brisa cargada de sal opacando los vidrios, me harían imaginar las olas cuando, bullosas, arremeten contra la playa y regresan en silencio.

No me pareció extraño que no pusiera cortina a su ventanal. Lo tomé como una invitación a presenciar las escenas que transcurrieran en el salón-comedor, enmarcado por dos tiras móviles de caracolas a lado y lado del balcón. Abrir las cortinas desde las siete se me volvió una obsesión. Puedo verla desayunar todavía en camisa de dormir, con su pelo rojo recogido con negligencia en la parte superior de la cabeza. Luego se tien-

de en el sofá donde el sol la cubre y yo sólo alcanzo a ver sus pies inquietos sobre un cojín saturado de arabescos. Voy a la ducha cuando se pierde tras la puerta de su cuarto. Como si deliberadamente calculáramos el tiempo, vuelve en el momento en el que regreso al balcón para tomar un café, hábito que adquiriré como excusa para observarla con detenimiento antes de salir. Su pelo rojizo cae, húmedo y brillante, sobre un vestido holgado, de flores pálidas o sobre una camisa vaporosa sin mangas. Lleva siempre sandalias con tacón alto y las manos atiborradas de pulseras. Nunca la he visto salir, incluso me he retrasado, pero es como si se hubiera propuesto no permitir que la vea en otro sitio. Al regresar en la tarde, la encuentro en el comedor sumida en un pliego enorme de papel; por momentos me censura con su mirada, que después suaviza como cuando difumina el color. A las siete nos sentamos frente a frente a la mesa, la mía es una angosta barra americana, que en mi imaginación se prolonga sobre la calle estrecha que separa nuestros edificios y disfrutamos, al menos yo, de una cena compartida. Luego, cada uno en un sillón, con un libro entre las manos, nos dirigimos miradas. Cuando deja el libro y apaga la luz, sólo quedan las caracolas interpretando siempre la misma canción.

El hombre calvo y de barba muy temprano aparece frente a mí, ostentando su pijama anticuada, de pantalón y mangas largas; tiene el aspecto de un tío solterón, hueraño y caprichoso. Después del baño su edad disminuye: un pantalón de dril y una chaqueta informal confirman que su calvicie es prematura. Algunas veces noto que, con intención, se demora para salir. Con el auricular del teléfono en mi oreja, escuchando el pito continuo de una llamada sin hacer, le veo levantar un pocillo rojo hasta los labios y mirar el reloj a cada momento. Cuando parte, salgo al balcón, me detengo en su caminar apresurado, en su cabeza desprotegida bajo los reflejos agresivos del sol. Dejó el pocillo en la cocina. Un saco cuelga en el perchero. Un arrume de libros y varios periódicos ocupan la mesa de la sala. Tres cojines acomodados con descuido en el sofá que, junto con la mesa son los únicos muebles, dan un poco de vida a la sala. El blanco de las paredes sólo se interrumpe por algunos puntos negros, los clavos que debieron sostener óleos, acuarelas y fotografías de familia. Es un apartamento sombrío. Me pregunto sin esperar respuesta, cuándo, este personaje con faceta de voyerista, irrumpirá en mi vida para perfilar con sus dedos las historias que nadan como peces esquivos, eludiendo el anzuelo de la realidad.

Los cabellos rojos me atraen. Ella me provoca con el suyo. Lo deja flotar en cadejos sobre su piel bronceada, lo deja volar con la brisa, lo deja escurrir húmedo por la espalda, le permite acariciar su rostro, ocultar sus ojos. Así la vi en la playa, sola, tendida en una toalla verde con un traje de baño del color de la sandía. Fue inevitable imaginar mis dedos recorriendo despacio aquel cuerpo, demorándose en su cadera expuesta con indiferencia al sol. Me senté cerca y mi mirada debió arrancarla de sus pensamientos desprevenidos. Clavó los ojos pardos, muy abiertos, antes agazapados tras la línea fina de las pestañas, primero sobre mis pies y luego en mi cara. El tiempo pareció detenerse en mí para sentir al máximo la culpa de ser descubierto en un acto atrevido; como si los lentes oscuros que me cubrían delataran la secuencia de mis pensamientos, pensamientos que se iniciaron en los granos de arena que el viento le dejaba caer en la concavidad de la cintura, en la espalda, y mis dedos, con delicadeza, empezaron a quitarlos uno a uno, y luego, mi boca húmeda refrescó el ardor de la piel tostada; hice trenzas con su pelo, le acaricié los labios y mi sombra la cubrió, disputándole al sol el cuerpo que ambos deseábamos. Un frío ineludible se apoderó de mí y supe que la lividez no podía esconderse bajo unos lentes que

sólo ocultan la dirección de las miradas. El estallido de las olas apagó mi voz, y mis manos, y suplantando las palabras que no atiné a decir, alargaron hasta las tuyas el libro que había terminado de leer hacía unas horas.

Un calor de mil infiernos arde en mi espalda. Una ráfaga de brisa salpica mi rostro con arena obligándome a cerrar los ojos un instante después de verlo. Camina lento, encorvado, con el sol sobre sus hombros, un libro en una mano, una botella en la otra, unas gafas oscuras que no confunden su identidad delatada por la calvicie; descalzo, sus pisadas se van acrecentando en mi oído izquierdo, recostado sobre la toalla en la arena, con un sonido seco, rítmico, acompañado por las olas hasta detenerse al tiempo que una sirena lejana, de un buque todavía lejano, anuncia su llegada. Luego, un silencio entrecortado por una respiración pausada es interrumpido: las olas suben con fuerza bañando mis pies. Siento el agua fresca que cada vez asciende más, humedece mis piernas y, como si las gotas se unieran para formar dedos, descienden rápidas y lentas, acariciantes, almibarando mi piel. Ahora son los dedos cálidos de él, casi no me tocan pero persiguen las arenitas desafiantes que van rodando por mi cintura, como en un reloj de arena, apresurando su recorrido, anhelado que el tiempo

pase, que el sol empiece a sumergirse en el mar. Cuando se sienta, su sombra cae en mi cara, lo miro allí, con la piel enrojecida, excepto el rostro, teñido con el mismo blanco de la espuma del mar. La cubierta del libro que extiende, me desarma.

El gesto de tregua, al recibir el libro, hace que mi rostro recupere el color. Iniciamos un diálogo que más parece la continuación de una charla poco antes interrumpida. De cierta manera no somos extraños, bastante nos hemos mirado el uno al otro. Hasta temo que sabe que alguien se marchó del departamento donde sólo quedaron los enseres mínimos para que un hombre se sienta abandonado, solitario, olvidado y que me aferro a los personajes de mis libros o a los que se cruzan por mi balcón para ignorar la soledad. Otras veces siento que soy un personaje que apenas transita por la trigésima página de una novela extensa, que espera vivir a plenitud, sin prejuicios ni turbación, los anhelos de otro, y simplemente cierro los ojos ansiando que el escritor me lleve a un buen desenlace.

Presentí que me seguiría al verme con la bolsa de playa. Al oír pisadas cerca, supe, sin abrir los ojos, que eran las suyas, como si conociera su forma de arrastrar los pies sobre la arena, como si repitiéramos una historia. El malestar que me producía su mirada

acechante se fue quedando entre los pliegues de la cortina que aún no he colgado. De tanto observarlo, sus actos se volvieron predecibles. Parecía que viviéramos juntos y estuviéramos disgustados, que la botella de agua que traía, y que yo olvidé, fuera el pretexto para volver a acercarnos.

Saramago fue la excusa que ambos argüimos para cenar juntos en la noche. Ella conocía a Ricardo Reis, yo prometí regalarle algo de Pessoa. Nueve de la noche, en su departamento, vino blanco y algo de mar, langostinos con vegetales. A Pessoa lo encontré, cuando ya desistía de buscarlo, en una anticuaria. Bajo libros desgajados, el encargado halló el ejemplar, un poco maltrecho, donde alguien dejó el pétalo de una flor. A las nueve en punto abrimos la botella de vino; mientras la dejamos respirar unos minutos, Pessoa comenzó a embriagarnos y al final de la cena, con dos botellas vacías sobre la mesa, no notamos cuándo se despidieron Saramago y Pessoa dejando a Ricardo Reis y a Lidia, el olor a jabón, el agua caliente corriendo en la tina, los cuerpos sumergidos, una toalla blanca, su pelo rojo, mi cabeza calva, Ricardo deslizando las manos sobre los muslos, el vientre tenso, los senos erguidos de Lidia y tal vez “en el piso de abajo, encaramada en dos banquetas altas de cocina sobrepuestas,

con riesgo de caída y hombro dislocado, la vecina intenta descifrar los ruidos confusos, como una madeja de sonidos, que atraviesan el techo, tiene la cara roja de curiosidad y excitación, los ojos brillantes...”.

En la mesa de noche me esperan impacientes las últimas páginas del libro que, tal vez por azar o tal vez no, es el mismo que el hombre calvo leía y que hoy puso en mis manos. No pasaron desapercibidos sus dedos largos, con el índice derecho manchado de nicotina, que acababan de erizar mi piel. Olvidé que su balcón era indiscreto y sin pensarlo estaba hablando sin parar de Saramago. Sin pensarlo también, a las nueve de la noche le esperaba: unos langostinos a cambio de Pessoa. El balcón de enfrente tenía la luz encendida. Todavía quedaban arenitas en mi rostro y sus dedos empezaron a quitarlas, rodaban por mi cuello y la espalda, no se detenían, tampoco las manos, que dejaron sin botones los ojales de mi blusa, ni los labios resquebrajados por el sol y el vino que buscaban la humedad bajo mi falda, mi falda en el piso, su camisa en la silla, los geranios en el jarrón, los bocetos de mis pinturas como espectadores, los reflejos rojos, verdes y azules de la lámpara aquietándose poco a poco en su espalda.

Sería agradable que rentaran el departamento de enfrente. Estoy cansado de ver allí,

en las noches, el mismo espectáculo: mi sombra en el ventanal siempre cerrado, iluminada por la luna, que se recuesta en la barandilla a fumar un cigarro y a urdir historias donde los personajes se esfuman, eludiendo el fracaso que los espera en el final, mientras escucha el sonido inagotable de unas tiras de caracolas que se bambolean con la brisa, olvidadas por algún inquilino en los ganchos metálicos que sobresalen en el techo del balcón.

Desde aquí no puedo ver el mar pero su sonido me arrulla, me adormece. El balcón de enfrente está solo. La luz apagada. El ventanal cerrado, como un espejo, me devuelve los colores de la lámpara que oscila hipnotizante ante mis ojos. El conserje dice que, desde que construyeron el condominio, está para rentarlo.

De Ellas escriben en Medellín. Varias autoras.
Hombre Nuevo Editores. Medellín, 2007.

Navidad en Eisleben¹

Libaniel Marulanda

¹ Cuento premiado en el Concurso de Cuento de Navidad Librería Palinuro, Medellín, 2004.

LIBANIEL MARULANDA (1947). Nació en Calarcá, Quindío. Escritor, músico, compositor. Cuentos suyos (varios de ellos premiados en diversos concursos nacionales) han aparecido, entre otras publicaciones, en revistas culturales, en varios volúmenes colectivos, en su libro *La luna ladra en Marcelia*, etc. Ha sido también productor de discos, y fundador y director de conjuntos musicales.

Al Rufino Jota Cuervo y sus maestros

Sobre sus botas descansa el estuche de similar peso y volumen a la maleta de cuero que veinte minutos antes y con dificultad logró lanzar por encima de la alambrada. Al hacer descansar sobre sus botas el estuche, busca que la nieve al derretirse no invada su interior, donde descansa el Bussilachio, infatigable compañero de ires, venires, penas, alegrías y también miedos, como ahora, cuando siente, además, las tenazas del frío en medio del bosque de abetos, a pesar de la fogata.

La visión de la nieve, con la que se reencontra tras una ausencia de diez años, la presencia de los soldados, la certeza de lo que le espera, lejos de traerle recuerdos de sus días y navidades en Eisleben, o los siete largos años de servicio militar alternados entre guerra, muerte y música, por el contrario, le refuerzan sus pensamientos sobre los dos úl-

timos años vividos en Colombia, lejano país de soles cotidianos.

Ha pretendido regresar a Eisleben para esta Navidad. Y lo ha decidido por un simple deber filial. Esta noche, luego de ser sorprendido por la guardia, cuando es muy tarde para rebobinar la película de su vida, se confiesa a sí mismo que en realidad no quería volver, que el peligro agazapado en el regreso tenía la dimensión necesaria para desplazar cualquier deseo de ver a sus padres o visitar los amigos, músicos como él, en un pueblo de 25 mil habitantes, cuna de Martín Lutero, más pequeño que el municipio de Marcelia, allá en Colombia.

Tras reportarse con toda su retahíla castrense ante el sargento que los comanda, los soldados hablan ahora. Aunque percibe con claridad las voces, es tan insignificante lo que logra entender, que ese idioma de los captores es un elemento más para añadirle al miedo y certeza de lo que vendrá, una vez acabe la conversación entre ellos. Antes de que el sargento le hable, Fritz, de nuevo, enfila los que presiente sus últimos pensamientos hacia el inmediato pasado, lejos de la patria alemana repartida como una torta, luego de la derrota del año 45. Añora la casita tomada en alquiler, modesta, de dos plantas, en un barrio bullicioso y popular de Marcelia, desde donde ha viajado, en esa región donde el

café está metido en el aire, las calles, los caminos, el comercio y las tareas agrícolas que giran alrededor de la cosecha.

Pasa a toda velocidad por su lado el recuerdo de su esposa, recién divorciada de él, porque se negó a vivir en ese pueblo que presume de ciudad. Ella, violinista y profesora de música, como Fritz, intentó trabajar en el reducido conservatorio de Marcelia, pero en la primera semana se convenció de lo inútil que resulta para una mujer nacida y criada en Alemania Federal, hija de una diplomática colombiana, tratar de vivir en medio de personas que no consiguen superar el provincianismo, de tal incultura que ignoran qué es un cuarteto para cuerdas, que nunca en su vida han asistido a una ópera.

Uno de los soldados le quita el seguro a su fusil y señala la maleta con un gesto que Fritz traduce como la orden perentoria de abrirla y sacar su contenido. Lo primero que surge de la maleta, un paquete de café, impregna el ambiente; la tensión del soldado se cambia por una sonrisa en la que asoman el asombro y las ganas de degustar aquella bebida de la que apenas conoce su existencia. Luego de comentarlo en voz alta, le extiende el paquete al sargento, quien interroga con la mirada al prisionero. Fritz asiente y en su alemán reforzado con señas consigue que le

entiendan su deseo de preparar el café para todos. Los soldados, todos a una, más que pedirlo, le imparten al sargento la aprobación que, sin decirlo, éste necesita.

Mientras otro de los soldados continúa escarbando la maleta, Fritz obtiene un puñado de azúcar de quien parece ser el encargado de las provisiones de la patrulla. Minutos después, el agua hierve en tres marmitas y Fritz disuelve nueve cucharadas del café que a continuación cuela, valiéndose de un pañuelo limpio que saca de la maleta. En sendos pocillos de aluminio sirve la bebida a los siete soldados, al sargento y para él.

Terminado el café que elogian en ruso los soldados e inspeccionada objeto por objeto la maleta, de pie y junto a la hoguera, el prisionero pretende entablar diálogo con sus captores a partir de una generosa sonrisa. Sólo obtiene por respuesta un gesto hosco del sargento, acompañado de una interjección que Fritz no consigue traducir, pero que le corta las alas al optimismo que lo inundaba en el momento de compartir el café.

A instancias del suboficial, de nuevo el soldado emprende su labor de registro, y con una gravedad copiada de su jefe inquiere a Fritz sobre el contenido del estuche que descansa ahora sobre unos troncos de abedul dispuestos para el fuego.

El pensamiento de Fritz abandona el teatro de los hechos, circundado por la nieve, los soldados soviéticos y el registro del estuche de su acordeón italiano, Bussilachio. Como a bordo de un carrusel, sus recuerdos giran y se alternan entre su patria, el final de los años 30, sus quehaceres militares, su rápido ascenso a sargento-saxofonista de la banda sinfónica de Leipzig, en el ejército del Tercer Reich, así como sus enrevesados amores con una violinista de ascendencia colombiana, quien, pasado el fervor inicial del matrimonio, aprovecha cualquier asomo de desavenencia conyugal para enrostrarle su pasado nazi, su falta de ambiciones sociales, la vergüenza de ese oscuro capítulo paterno que gravita sobre sus dos hijas, violinistas también, de la Orquesta Sinfónica de Colombia; su recurrente pobreza de inmigrante, el ridículo salario de profesor de música en un colegio de provincia, su humilde condición de habitante de un barrio popular, e incluso la posesión de un destartado Ford 38 que sus alumnos de último año de secundaria le esconden, en un cotidiano ritual de bromas e irrespeto.

El soldado ha extraído el enorme acordeón, de lustroso color negro, 120 bajos y quince registros. Fritz advierte la admiración del sargento por su calidad y belleza. La persistente contemplación de éste por el costoso

Bussilachio constituye un mensaje claro y rotundo: sus bártulos y el infatigable instrumento, luego de la ejecución, pertenecerán al militar que intercambia unas inaudibles palabras con el subalterno.

El pensamiento de Fritz de nuevo se aleja, como huyendo de su propio miedo ante la inminencia de lo que intuye que vendrá tras la detención y la lenta requisa. No le han exigido documentos de identidad. Como militar que ha sido, y aunque nunca empuñó cosa distinta a un saxofón, un violín, o disparó algo que no fueran notas en el piano o en el acordeón, dada su lamentable condición de prisionero de la patrulla del ejército soviético, sabe que traspasar las alambradas que dividen las dos alemanias tiene el supremo costo del fusilamiento.

Estanoche, vísperadeNavidad, delaWeihnacht en Eisleben, sus padres ignoran los sorprendivos propósitos de su hijo, de quien pocas noticias tienen. La última carta de Fritz, que tardó tres meses en llegar, les dio cuenta de su inminente divorcio. A través de ella se enteraron de la nueva condición de maestro de música del hijo que con tanta precipitud como buena suerte consiguió huir de Alemania, luego de desertar a tiempo de un ejército próximo a sentir la amargura de la derrota a manos de los Aliados.

Fritz sabe que a estas horas, allá en la casa paterna estará crepitando la leña que su padre, minero ya jubilado y ahora carpintero ocasional, habrá recolectado del bosquecito contiguo a las antiguas caballerizas de Eisleben. Como en el remoto pasado de sus primeras weihnachten, en los meses previos al día que se conmemorará mañana, cuando él, trasgresor de una de las leyes de la guerra, haya sido abatido por el pelotón de soldados soviéticos que ahora lo observan en silencio, Otto Seifert, su padre, habrá fabricado para Gretel, su madre, un nuevo mueble que impregnará de olor a resina la sala. Ella, por su parte, tendrá empacado bajo el abeto de Navidad el suéter, los guantes, la bufanda o la prenda que habrá salido de los ratos libres que le conceden los quehaceres de la casa. Frenética, con sus manos de ágiles dedos, la resignada madre habrá bordado o tejido, justo antes de la noche de mañana, como queriendo envolver en lana o coser a la tela los recuerdos de otras navidades, atrapada por la trampa de la nostalgia de distantes tiempos de paz provinciana, y de los hijos que los años, la vida y la guerra le arrebataron.

Para mañana, la nochebuena en Colombia, de donde Fritz piensa que jamás debió salir, estará sobrecargada con los ruidos de la pólvora, gritos de adultos y niños; los inva-

riables villancicos se escucharán de esquina a esquina en el barrio El Bosque, de Marcelia. Cada cual obsequiará a su vecino un plato de natilla, un dulce hecho de harina de maíz combinado con buñuelos, frituras que guardan cierto parecido con las berlinesas. La música, tan popular como el entorno mismo, brotará de cada radio del lugar. No habrá árboles de Navidad en ese sector pobre de la ciudad, donde la herencia católica de la colonización antioqueña y las tradiciones españolas decembrinas perviven y congregan la gente alrededor del pesebre de Belén.

Los minutos corren raudos a cumplir la cita con la Navidad de este año de 1961 que se llevará al músico de Eisleben y de Marcelia, quien ahora centra la mirada y sus reflexiones en el acordeón que sostiene por las correas el sargento soviético.

El estuche del acordeón exhibe una colección de etiquetas de hoteles, líneas aéreas, eventos del mundo. En este detalle ha mostrado un particular interés el sargento, igual que en la estructura del Bussilachio. Por eso, Fritz deduce entonces que el suboficial es también músico o aficionado al acordeón, el instrumento de mayor difusión en la Unión Soviética post-estalinista.

El sargento se dirige a Fritz y, sin soltar el acordeón, asombra al prisionero cuando le

pregunta con claridad, en alemán, acerca de lo que sería su último deseo, antes de ser ejecutado por la patrulla.

A tiempo que se despoja de los guantes, el músico palmorea y se inclina sobre la fogata, extiende las manos para calentarse y responde con una voz que la dignidad trata de sobreponer a las lágrimas: *bevor Ich sterbe, möchte Ich meine Zieharmonika spielen.*²

De espaldas al fuego, con la gravedad que imponen las circunstancias en el bosque a cinco kilómetros de Eisleben, Fritz le entrega a la noche, próxima también a la agonía, el caudal de música que emerge del acordeón italiano. Ha elegido para su despedida una polka que, justo, fue el tema de bienvenida a su trasegar como acordeonista, cuando debutó en un festival de Eisleben, unos años antes de enrolarse en el ejército alemán.

Ya toca puerto la vieja polka *Budweiser*, enriquecida por Fritz a través de años y años de ejecución. Los soldados anteponen la disciplina militar al deseo de expresar su complacencia con aplausos frente a quien se disponen a fusilar.

El ademán de Fritz para descolgarse el acordeón es cortado por la voz del sargento que ordena al condenado tocar otra canción, pero rusa. Los primeros compases de *Ochy*

² Antes de morir, quiero tocar mi acordeón.

chornya, desencadenan los aplausos de los soldados.

Los soldados intervienen al final del vals ruso que ha tocado Fritz. El sargento termina por autorizar las apetencias musicales de la patrulla. La madrugada llega con canciones rusas. *Kalinca*, *Svietit miesiatz*, *Lesginka*, son apenas el segundo tomo de la vida que Fritz y su acordeón le han arrancado a la guerra fría, en la *Weihnacht*. Con el beneplácito cómplice de la patrulla, el sargento ha decidido liberar al músico, luego de confesarle su afecto por los acordeones que alegraron su infancia en Kiev, muchos años después de que su abuelo, acordeonista también, fuera ajusticiado por tropas alemanas tras la batalla de Tannenberg, junto al río Neva, en la Gran Guerra de 1914.

De *Al son que me canten cuento*, Edición del autor -
Dirección de Cultura del Quindío, 2007.

**Se vende vestido
de novia**

Claudia Arroyave

CLAUDIA ARROYAVE (1983). Nació en Santa Rosa de Osos. Estudió periodismo en la Universidad de Antioquia, e hizo un curso de narrativa en Colima, México. Vivió durante dos años en Santo Domingo, Antioquia, enseñando literatura. De esa estancia nació su segundo libro, *El pueblo de las tres efes*. Actualmente reside en Bogotá.

Para Viviana Pineda

Tres días antes de la boda de Raquel, en el momento mismo en que su hermana Libia le hacía los últimos ajustes al vestido de novia, llegaron con la noticia. Encerradas en el cuarto de costura, lo primero que oyeron fue el grito de doña Noelia, cotidiano aullido que, por tan habitual en ella, no sacó de su concentración a prometida y modista. “Quién sabe qué se le cayó a mi mamá”, dijo Libia, “De seguro se machacó con algo”, especuló Raquel, y a volver a lo propio que para mirar a la doña estaban Arturo y Gladis, los otros hijos.

Pero no tardó el reloj en marcar cinco minutos cuando don Ramón Hincapié, padre del novio, se apareció en la habitación con cara de martirio, ojos de toro, boca de perro de pelea, y entre ahogos, lágrimas y mocos detuvo la pasada de la aguja por las enaguas esponjosas: “Quitate ese vestido, Raquel ben-

quita. Ya no te vas a poder casar". Y en el acto cayó hincado a los pies de la ahora viuda, en un dolor intenso del tamaño de una gastritis.

Espectadora número uno de la escena, doña Noelia lloraba a cántaros y gritando cual si la torturaran esperaba la reacción de la envuelta en el vestido blanco: "Qué pasó, don Ramón, a ver, explíqueme, cómo que no me puedo casar, por qué lloran, qué pasó, por el amor de Dios". Y no pudo evitar que su cuerpo se desplomara cuando el primer hincado habló por segunda vez: "Mataron a Ignacio, mijita, me mataron al hijo, me lo mataron".

Y en los segundos gastados mientras Raquel reacciona, sépase que Ignacio era un jovencito muy querido, adorado en el pueblo porque sonreía siempre aunque no hubiera por qué. En la casa de la novia lo querían tanto que los dejaban conversar en la sala hasta las once de la noche, y había tardes en que, tan comedido él, acompañaba a las cuatro costureras en las largas sesiones de pulida y planchada. A través de los tres espejos dispuestos estratégicamente en el cuarto, Ignacio miraba a Raquel y le quitaba la ropa con un suspiro, y ella agachaba la cabeza desapareciendo en la mente a su mamá y a sus hermanas y desnudándose en medio de la lana regada y los retazos de uniformes del Liceo y de la Normal.

La menor de todas, la más bonita, la más callada y la más boba de las hijas de la modista había conquistado al hijo de don Ramón, y con siete meses de noviazgo se había echado al bolsillo al hombre más comedido, trabajador, ordenado, respetuoso, sencillo y noble que el pueblo haya conocido. El matrimonio había tenido que aplazarse dos semanas porque al padre Mario le había dado una diarrea espantosa, si no los novios ya estarían de mucha argolla en el dedo.

Don Ramón se fue y tuvo que pasar un día con todas sus horas para que Raquel comprendiera que ya no iba a usar el vestido de novia que le había hecho Libia y que ella misma tuvo que quitarle porque de dolor su hermana no se podía mover. Tuvieron que pasar dos días con todos sus minutos para aceptar que Ignacio había muerto a cuchilladas en la puerta de la carnicería de su papá. Tuvieron que pasar completos los tres días con todos sus segundos, con el velorio, el entierro y el llanto de todo el pueblo, para que la soltera enviudada se levantara del golpe y decidiera ir personalmente al comando de policía, dizque a perdonar al asesino.

“¿Al comando, Raquel? ¿Qué vas a ir a hacer allá, Dios mío?”. Pero no hubo madre que lo prohibiera, suegro que la detuviera o hermanos que la convencieran. “Voy a perdonar

al hombre, ¿no entienden eso tan sencillo?”, dijo. Pero nadie supo cómo llegó al comando.

“Déjeme entrar, comandante, yo necesito ver a ese hombre”. Y él que no. “Se lo suplico, comandante, hágame el bien”. Y él que no. “Compadézcase de mí, comandante”. Y él que no. “Necesito saber quién me mató a Ignacio, comandante”. Y él que no. “Póngase en mi caso, comandante”. Y él que no. Y ella lllore y suplique. Y él que va sintiendo el corazón achatarse. “Mire que...” Y él que “mmm”. Y ella que suplique y lllore. Y él que “está bien, pero que la acompañe el agente”.

El calabozo era un hueco negro y húmedo que olía a desgracia. Para llegar hasta allá, Raquel caminó dieciocho metros y diecinueve miedos —el mismo número de sus años—, transitando una especie de laberinto fantasmal apenas comparable con su propia cabeza. En una mano llevaba el corazón que le latía enloquecido, y en la otra ese *calmate, mujer* que tanto se repetía y que se quedó pegado a la reja cuando por fin llegó.

Ni una palabra y el asesino al fondo. “Párese, desgraciado, y venga que la señorita le tiene que decir una cosa”, palabras pronunciadas afuera por el agente aquel, mientras adentro, que no se veía más que una luz ahogada, un carraspeo de garganta fue la primera

señal. Y Raquel inmóvil en la reja, quien la viera diría imperturbable, pero no, eso no, después de tres días no era más que calvario, truenos, ganas de vomitar... Pero sacó fuerzas de su desgastada reserva y entonces habló. "Venga, señor. ¿Puede acercarse?"

En menos de tres segundos, la figura del asesino: cubierta su cabeza con un poncho mugroso, camisa apenas cerrada en un botón, barriga, barba, arrugas, manos en los bolsillos, ojos brillantes y huidizos que sin oponerse chocaban con la línea de luz que entraba por una ventana condenada. Ni una pizca de arrepentimiento en su rostro.

—Que Dios lo perdone —dijo Raquel al tenerlo frente a frente.

—Yo no quiero que nadie me perdone. A mí que me devuelvan mis vacas —respondió el hombre con los ojos ahora menos brillantes pero de golpe fijos.

—¿Vacas? Pe... pe... pero... ¿cómo? ¿Usted me acaba de matar a Ignacio y sigue pensando en vacas?

—A mí me robaron mis vacas y me las mataron.

—Pero eso no era culpa de Ignacio, bendito sea Dios. ¿Es que usted no tiene corazón? Véame a mí, véame a mí. Usted me mató el marido. Yo me estaría casando hoy. Y véame a mí, por el amor de Dios. ¿Son más impor-

tantes unas vacas que una persona? ¿Ah? ¿Son más importantes? A ver, dígame, dígame...

Y ese *calmate, mujer* que traía Raquel en una mano se deslizó por la reja, fue a parar al piso del calabozo y se escurrió por cuanto grieta encontró en el laberinto y se fue yendo y se fue yendo hasta caer a un pozo invisible y desaparecer. El agente no vio la metáfora, pero sí el desaliento de Raquel, el no puedo creer lo que oigo, el si no me tienen me desmayo. Entonces la tomó por el brazo y “deje esto así, señorita”, le dijo. Pero ella, que sólo había ido a pedirle al hombre que le hiciera el favor de matarla, se aferró de nuevo a la reja y le dijo al agente que el asunto no había terminado, y volvió sobre el asesino esa voz llanto, laguna, interrogante, odio.

—A ver, responda, ¿son más importantes esas vacas que este dolor? Usted que va a entender eso, por Dios, esas son cosas que usted no entiende. ¿O sí? A ver, dígame por qué lo mató.

—Porque me robaron mis vacas y me las mataron.

—¿Y ya? ¿Tan sencillo? Porque le robaron unas vacas. Válgame Dios.

—Eso pa' usted no es nada, porque no eran sus vacas. Yo las levanté, yo las cuidé más que a mi mujer. Yo ni comí cuando se enfermó mi Victoria, la más alentada. Yo le-

vanté esas vacas, yo solo. Estas manos las ordeñaron, abonaron la tierra pa' que se pusieran más robustas. Y me las robaron, de un día pa' otro yo ya no tenía mis vacas, ni con que comprar otras. ¿Sí ve? Me las robaron.

—Y eso le da derecho a matar a alguien, ¿ah?

—Yo no iba a matar a nadie. Yo dije: que aparezcan mis vacas, pero no aparecieron. Y después me dijeron que don Ramón las compró. Se las compró al que me las robó. ¿Sí ve? Ese señor compra reses robadas porque valen más poquito, y después se las vende a la gente como si nada. Allá llevaron a mi Victoria, a la Tota, a la Bizcocha, mis tres vaquitas.

—Usted está loco, loco. ¡Por Dios! ¿Entonces si yo le robo esa camisa usted me mata? ¿Si le robo esa camisa me mata?

—A mí que me roben lo que quieran, ya está. Ya no tengo mis vacas ni con que comprar otras.

Y dicho esto Raquel dejó venir un llanto de esos inevitables que provocan las cebo-llas o los dedos recién machucados. Luego, con la mano que ya no tenía la calma agarró de la camisa al hombre que, ¡desgraciado! la seguía mirando a los ojos. El agente, a su derecha, le pidió compostura, la cogió del brazo y trató de separarla de la reja, pero ya la pobre no podía retroceder.

Ignoraba Raquel a dónde se estaba yendo su cordura, quizá a las mismas grietas recorridas por su calma. En su cabeza la sangre empezó a revolverse y a hacerse más líquido, más antojo, y en un despiste del agente, la niña viuda sacó el cuchillo de entre sus faldas y con una fuerza demencial atravesó el estómago del enrejado. Los ojos del policía se hicieron dos globos de navidad encendidos y membrudos y, como en cámara lenta, vio caer los dos cuerpos al mismo tiempo, uno a cada lado de los barrotes: de éste, la asesina sin soltar la mano del mango que como perchero salía del estómago; y de aquel, el asesino desmayándose así: mórbido, lóbrego, dramático, esquelético, anómalo, camino del sarcófago.

Así mató Raquel a quien mató a Ignacio. Y después, con el cuchillo en la mano sin calma, dejó el cuerpo tendido al otro lado de la reja, en tanto el agente llamaba a gritos al comandante, que no apareció en escena porque ni estando en el lugar del crimen los policías llegan a tiempo. Entonces deshizo los dieciocho metros y treinta y seis miedos de aquel laberinto ahora encandilado que la conducía a quién sabe dónde, ya no con ese *calmate, mujer* en una mano, sino con el filoso cuchillo que su por poco esposo le había prestado a doña Noelia para arreglar las carnes de la ce-

na de bodas, y que ella llevaba escondido para pedirle antes al ahora muerto que la matase.

No hubo quien la atajara porque al pasar frente a los agentes de guardia, la que caminaba era una figura de ultratumba, un Satanás cargando su tenedor, una estampa de esas del desfile de mitos y leyendas, así, tenebrista como una mujer de Caravaggio. La como sonámbula era todo menos la niña Raquel, la hija de la modista, la nuera de don Ramón, la vecina del comando, tan seria ella, tan hacendosa, tan sin pecado.

Afuera de la casa Libia tomaba el sol y terminaba de cambiarle una cremallera al pantalón de su hermanito Arturo, cuando vio venir a Raquel caminando. Se rascó los ojos y parpadeó con prisa cinco veces. ¡Unos segundos antes la había dejado dormida en el sillón de la sala! Pero lo cierto era que su hermana había salido con sigilo, y ahora no estaba caminando, no, venía levitando, flotando, espantando; con el vientre manchado de sangre, un cuchillo empuñado en la mano derecha y el cabello cubriendo parte de un rostro amarillo, color de ciruela podrida.

Y del asombro, la otra ni pudo levantarse de la acera. Se tapó la boca con las manos, siguió con la mirada el pique de las gotas rojas contra el adoquinado y acompañó el cuchillo en su caída vertiginosa contra el pavimento.

Vio en la esquina a tres policías atolondrados mirando a su hermana desaparecer a cada paso. Imaginó en la velocidad de un sueño los hechos que acaban de narrarse, y al cerrar la boca se mordió la lengua.

Raquel imitó la acción del arma y buscó el piso como hacen las hojas de los guayacanes. Libia se clavó sin culpa la aguja en un dedo, tiró el pantalón y corrió a confundir la sangre de su mano con la del asesino asesinado que cubría íntegra la mano de Raquel. Viendo que de las puertas vecinas iban saliendo ojos inquisidores, la arrastró hasta la casa. Su mamá y sus hermanos, Arturo y Gladis, habían ido a visitar a don Ramón, así que Libia llegó sola al fondo del corredor, arrastrando como carretilla a su hermana moribunda. Iba a descargarla sobre el sillón de la sala cuando una presencia blanca le cambió la expresión del rostro.

Extendido perfectamente sobre el sillón, con una cabeza de muñeca saliéndole por el cuello, Raquel había puesto sobre su traje de ángel una hoja que con caligrafía perfecta y en tinta negra decía: “Se vende vestido de novia”.

De *Mientras Dios descansa*, Fondo Editorial
Universidad Eafit - Alcaldía de Medellín, 2007.

Handel*

Mauricio Botero Montoya

* El narrador atiende a sus clientes en una tienda de venta de discos, *La caja de música* (N. del E.).

MAURICIO BOTERO MONTOYA (1948).

Nació en Bogotá. Ensayista, cuentista, novelista, diplomático, profesor universitario. Es autor, entre otros, de los libros de ensayo *Cóncavo y convexo* y *No vi otro refugio* y del diario *De las tres últimas cosas*.

Recordar es tomar otra vez la senda ya caminada pero con otra perspectiva. Así pude recomponer el enigma de la casta Susana, pero no su desenlace.

Con rostro clásico de camafeo de la *belle époque* y más de medio siglo consigo misma, llegaba al almacén una vez al año, siempre en el día de San Juan. No le pregunté el motivo de su puntual recurrencia pues hay precisiones que hieren, y además lo noté demasiado tarde. El olfato, que es el paladar de la memoria, me ayudó. Ella dejaba un discreto aroma de Channel N° 5, que oculta más de lo que revela; así recordé el bis del año anterior del que decía el poeta Silva: “La fragancia indecisa de un olor olvidado llegó como un fantasma y me habló del pasado”. Pidió oír *El herrero armonioso* de Handel, lo pronunció correctamente en español con “a”. Pusimos la nítida versión de la gran pianista Alicia de la Rocha.

La escuchó con la gravedad de una niña que juega seriamente con sus muñecas, pero en seis años de ritual nunca llegó al extremo de comprarlo. Luego hablaba con Adela, le hacía una no pedida defensa a la castidad absoluta, y se iba. A la sexta anualidad de esta idéntica ocurrencia, conmovida por el delicado aire del herrero feliz en su oficio, volvió a poner el tema y solicitó mi opinión. Como no mido al ser por normas de frecuencia estadística, la felicité sin dar razones pues temo a la locura del que carga sus razones piedra en mano.

Agregué que Beethoven fue célibe. Según algunos, no conoció mujer. Sus amadas inmortales fueron ficciones platónicas, no más.

Esto animó a Susana, quien se explayó: “La familia es un bus que por azar abordamos. Los que subieron antes se apoderaron de los puestos y hacen muecas a los recién llegados. El conductor, sin conocer el camino, teme por igual extraviarse como llegar al punto terminal. Angustiado por el destino de los pasajeros, tarde descubre que él no es el motor de sus vidas sino su vehículo. Y que la vía, llena de altibajos, es impredecible y no aparece en el mapa. Aunque es posible bajarse en las estaciones cuando nos agobia la asfixia, es mejor mirar el horizonte y ento-

nar viejas canciones para no hacer demasiado solitario el viaje; y, con las piedras lanzadas contra uno, construir los muros de nuestra propia casa”. Recitó esto con mirada ausente.

Alicia de la Rocha tocaba el animoso *Rondó a la turca* de Mozart, cuando Susana pidió algo más de Handel. Pusimos *El Mesías* en la interpretación sin rebaba de Hoewood, con instrumentos originales. Le mencioné la leyenda en la que Handel, ardiendo en fiebre, oye en celestial rapto los coros de los ángeles, y con esa nada despreciable ayuda traspuso *El Mesías* que asombró a Beethoven. La casta Susana repitió que, sin amor superior el asceta sexual corría el riesgo de rebajar su horizonte a empatar la guerra con sus propias gónadas. Pero agregó que incluso eso era mejor a esta sociedad, verdadera ensalada de sonámbulos espermáticos. Cuando al cambiar el tema mencioné al contemporáneo de Handel, el filósofo Kant, ella recordó que él había propuesto: “Haz que cada decisión tuya pueda ser tomada como norma de validez universal”. “De ser así”, agregó, “mi celibato acabaría con la humanidad”. Y lo acusó de “sicario moral”. Tras esta refutación nunca más volvió, pero los niños, Handel y Channel me la recuerdan en cada San Juan.

Prokofiev

Mauricio Botero Montoya

Sonaban como regalos las campanas de la vieja iglesia de Lourdes. Al cruzar la plazoleta vi que le hacían desahucio a doña Clara Vda. de Mejía, y a sus preciosas gemelas que tomadas de la mano miraban, con infantil imparcialidad, cómo sacaban sus cosas a la calle.

Pregunté al abogado a nombre de quién hacía el lanzamiento, dijo que representaba los intereses de la Corporación Termita de vivienda social de los Jesuitas. ¿La vanguardia metafísica de la iglesia católica? Le repregunté mirándolo a los ojos. Se retiró con indiferencia hacia el lado de los policías, dándonos la espalda con desdén.

Le di a la viuda la llave de mi garaje para que resguardase lo que le quedaba, y llevé a las niñas a *La Caja de Música*, mientras me debatía entre la ira y la reconciliación. En el almacén, Adela les sirvió café con leche con torta pues ellas, Carolina y Diana, cumplían años. Les

pusimos el cuento musical de *Pedro y el Lobo* de Prokofiev narrado por el tenor José Carreras. Recordé que Prokofiev se había indignado cuando cierto empresario de La Florida quiso aumentar las ventas de frutas con su ópera *El amor por las tres naranjas*. A todas estas, Diana caminaba como pato al escuchar el oboe melancólico, Carolina decía jactanciosa que ella era grande. Abría la mano, mostraba los cinco dedos de edad, y por tanto ya no le tenía miedo al lobo feroz. Adela les regaló crayolas. Al son de los instrumentos de la orquesta, que entonaba el pleito de los animales y la valentía de Pedrito, me hice al lado de la registradora a hacer cuentas sobre la próxima importación de discos, cuando me asaltó el sueño de la noche anterior: yo estaba ante la cajera del supermercado al que suelo ir, ella sentenciaba en inglés: *You have been found wanting* (usted ha sido hallado en deuda) y me desperté desolado a esta otra deuda. Pensé que en vida de Prokofiev él culpaba a Stalin de la situación, pero en una democracia capitalista el sufrimiento padece el gravoso frío de la abstracción.

Llegó solitaria al poco tiempo la madre de las gemelas. Sonrió para no llorar, con el ponqué que le ofrecimos. Lo bajó con sorbos de café en su contraída garganta. Ambas niñas habían pintado, para ella, una casa con chimenea, flores y un lobo.

Con entereza la viuda llamó al trabajo a excusar su ausencia. Le di carta de urgente recomendación para un cura Saleciano que pertenece a esa menguante secta de los cristianos. Sé que le dieron albergue. Y sé también que no quiero decir nada más.

De *Otto, el vendedor de música*. Editorial La Serpiente Emplumada. Colección vestido Rojo, 2002.

Alicia y las maravillas

Consuelo Posada

CONSUELO POSADA. Antioqueña de nacimiento, vivió desde muy niña en Barranquilla. Cursó un posgrado de humanidades en Italia, y fue durante muchos años profesora de Teoría Literaria en la Universidad de Antioquia. Después de su jubilación regresó a Barranquilla, donde, retirada de las aulas, se dedica “a la escritura de los relatos literarios que siempre estuvieron presentes, pero que apenas ahora logro tener como un objetivo primordial”.

*También me acuerdo hoy de la Alicia adorada
de Alejandro Durán y de Alicia la flaca
de Aníbal Velásquez.*

Aquella mujer me hizo amar lo prohibido desde siempre y era ya mayor cuando yo apenas me asomaba al territorio de los hombres. La envidiaba cuando empecé a conocer el mundo por dentro y la seguí envidiando en ese largo camino hacia la vida adulta cuando, para parecer mayores, decíamos 17 sabiendo que aún faltaban meses para llegar a los 16. Después, cuando los años pasaron y nos llegaron las arrugas, ella se quedó como “Alicia sin tiempo”, en una cara sin edad, como la de las monjas.

Alicia encarnaba lo no permitido, en un barrio demasiado quieto, donde los sueños de cambio eran una infracción y la libertad una palabra reservada a los hombres. Pero ella manejaba sus propias reglas: escogió y tuvo los mejores muchachos, jóvenes y mayores; fue la dueña de todos los bailes y gozó los parejas más apetecibles, arrinconándolos

hasta el final de las fiestas. Las malas lenguas decían que ofrecía y daba y éste era, tal vez, su secreto, en ese pequeño mundo donde todas las jóvenes guardaban celosamente su verdad obligada de vírgenes. Así que Alicia dañó los noviazgos que quiso, pues cambiaba caprichosamente los acompañantes mientras las lánguidas novias se quedaban tragando sus lágrimas.

Se casó muy pronto con aquel Félix que había sido su novio casi oficial, con él siguió, sin crisis conocidas, caminando con garbo después de cada parto, con un meneo de caderas que no pararon los cinco hijos biológicos, ni la crianza de los sobrinos y niños de parientes, que ella cuidó como suyos. Ahora, de abuela gozona, mantiene la risa de adolescente y sigue dando tema para habladurías.

Los hombres del barrio han respetado en silencio su amor de turno pero no esconden los halagos y siguen ofreciéndole un piropo entusiasmado. También en mi familia, donde no se podía siquiera insinuar antipatías por ella, cuando éramos jóvenes y ella empezaba sus andanzas públicas, he visto picardía en las sonrisas masculinas a su paso, aunque mis hermanos y tíos aparentan despreciarla.

Nadie se ha empeñado en probarle nada, aunque las señoras dolidas del vecindario siguen inventando historias, sobre todo des-

pués del hermoso muchacho, ayudante de la tienda, que llegó al barrio el último año. Todos sabían a donde iba y de donde venía cada tarde, pero ella mantuvo sus gestos y aunque pasaba sin saludar, su caminado lento y su cara sin culpa, parecían un desafío a las miradas de curiosidad o de censura.

A pesar de los comentarios, su marido se ha quedado en el barrio y en la casa, dispuesto para los hijos y atento con los vecinos, pero desentendido de los chismes domésticos. Tampoco ella se ha alejado, más allá de las horas necesarias para sus romances temporales y aunque ha buscado amor en muchos hombres sus pasos han estado cerca de sus hijos.

Pero esta vez, cuando vino a saludarme en los días siguientes a mi llegada, pidió que me la llevara a Bogotá, y habló de querer vivir lejos una nueva vida. Yo miraba con encantamiento su figura, sus movimientos desenvueltos cuando hablaba y su seguridad para defender las cosas que la hacían feliz.

¿Por qué Bogotá? Le pregunté. ¿Qué pasaría sin el barrio y qué haría con los hijos? Aunque no tenía respuestas precisas, su carcajada no parecía una evasión y se concentraba en el tema de la que podría ser su vida en la capital. No encontré cómo decirle que yo también quería que ella me llevara

un día a su mundo y que cada vez que volvía, con mi marido y mis hijos, me daba envidia su vida. Ella ha sido capaz de vivir lo que yo apenas puedo admirar de lejos: la cumbiamba, el parrandón y las verbenas y ha sabido continuar los días de fiesta de la adolescencia. Su disfrute de hoy parece igual al de los domingos en el Jardín Águila, cuando después de misa, a escondidas y con el uniforme del Colegio, iba con algunas amigas a mirar el baile que se hacía en una pista abierta y allí la encontraba radiante, sudorosa y concentrada en sus mejores pases.

Cuando en los momentos serios se hablaba de sueños de grandeza, de estudios, carreras y viajes, ella no se mostró jamás interesada y parecía contenta con su suerte y convencida de estar hecha para quedarse. Han pasado tantos años y todo sigue casi igual. Yo me casé con ese hombre reglado y quieto y vivo un mundo de prohibiciones y decencias. Soy una de las pocas que pudo irse, conocer el mundo y estar lejos; pero ahora, los deseos de volar se volvieron ganas de regresar.

Tantas cosas que soñamos un día, hoy se desmoronaron. Sé que no existen las opciones completas. Mis amigas dicen que si te casas con un hombre perfecto, pronto estarás aburrida y desearás secretamente encontrar el amor desaforado. Creo que en mi

caso hubo razones más allá de su aparente perfección para llegar a sentir este hastío que me llena el alma.

No estoy segura si Alicia sabe pesar el valor de su goce, si sabrá que las que fuimos tras sueños difíciles ahora daríamos todo por poder olvidarnos del mundo trascendente en una noche de baile callejero. Ella no tiene que hacer esfuerzo y puede vivir así cada momento. La noche del viernes, víspera del carnaval se hace en el barrio la gran verbena con una pista de baile en plena calle. “Ni se te ocurra” contestó mi marido cuando insinué la posibilidad de que fuéramos un rato. Así que estoy entre los espectadores y aunque estaré afuera me siento complacida. Cuando revienta la música del *pickup*, Alicia está allí, en primer plano. ¿Y tú por qué no bailas? me pregunta, con el mismo movimiento en sus hombros y una risa de cascabel, que parece retarnos a todos.

Esta mañana vino a buscar hilos y cintas para retocar sus atuendos de fiesta. Me ofrecí a ayudarle, más por la tentación de tenerla cerca y oírle sus cuentos sobre lo que sería el recorrido de las carrozas en este sábado de carnaval. Contó, emocionada, los detalles de la comparsa y me mostró algunos de los pasos de la danza que habían ensayado durante varios meses.

Ahora acaba de pasar, vestida de cumbiambera. Desfilará bailando, en una de las comparsas de “La batalla de flores” mientras yo, de señora decente, estaré en un palco mirando pasar el carnaval desde afuera, como he visto pasar la vida.

Estoy esperando que en un momento mi marido aparezca con su gesto serio y la orden de irnos. En silencio, cerrará la puerta del carro, encenderá el aire acondicionado y no se hablará hasta la llegada.

De Ellas escriben en Medellín. Varias autoras.
Hombre Nuevo Editores. Medellín, 2007.

Cita Teresita

Carlos Mario Gallego

CARLOS MARIO GALLEGO (1959). Nació en Yolombó, Antioquia. Es el mismo caricaturista Mico y el Tola de la pareja cómica Tola y Maruja. Cofundador del grupo teatral y la revista *Frivolidad*. Estudió periodismo en la Universidad de Antioquia, y ejerció durante un tiempo la docencia. Columnista y cronista en diversos medios del país. Ha publicado varios libros de caricatura, aunque hasta ahora ninguno de cuentos.

¿Me pregunta usted por Tomás Carrasquilla y Pacho Rendón? ¡Ni me miente a ese par de muérganos!

¿Que por qué?... Ay, joven, no se figura usted lo que fueron ese par de asquerosos, cuál más burletero y empalagoso.

¿Que por qué les tengo inquina?... Porque por culpa de ese par de llenadores fue que se enloqueció mi prima Teresita.

¿Quiere que le cuente? Pero antes, ¿qué le provoca? Tengo claro frío con leche y blanquiao, o tinto, pero de aguapanela... ¿Le gusta el tinto en aguapanela?

¡Orfa! ¡Orfa! ¡Orfa! Ay, esta muchacha es sorda como una tapia... ¡Orfa! ¡Orfa!, esta es mucha entelerida. Es que hoy en día es muy fregado topar sirvienta buena, es más fácil pañar un relámpago de la cola... ¡Y esta Orfa es un táparo!... No se coge el fundillo con las dos manos, y me perdona la expresión.

¡Por fin!... Ve Orfa: tintico para el señor y a mí me traés... ¿Qué me trajeras?... Traeme un pocillaíto de leche tibia y un merengue.

Si estoy hablando mucho, bien pueda páreme joven, que es que yo casi no tengo con quien hablar porque vivo aquí sola con Orfa, y esa no modula.

Yo conocí a Tomás Carrasquilla estando muy pipiola. Yo tendría escasos 12 años cuando estalló la Guerra de los mil días y él se volvió de Medellín para acá, para Santo Domingo. Él y Pacho Rendón, Francisco de Paula Rendón, que también era escritor y los dos eran uña y mugre.

Ambos solteros tirando a solterones y muy buenos mozos, bien emperejilados, con sus bigotazos bien peinados, caripulidos, ojos marrulleros, risueños... Eran enteramente dos láminas de hombres... Pero para recocheros y pone sebo no había quién les pusiera la pata.

Ellos no faltaban en las vísperas de cuanto bautizo, confirmación o casorio se celebraba por estos lados. Los veía usted visitando enfermos o haciendo las delicias en los velorios con sus cuentos de espantos y deshacida de pasos... Mejor dicho: este par no se perdían volitada de jíquera. Si hasta se chuparon un montón de leguas en bestia con tal de ir a soperiar cuando el obispo estuvo en Yolombó.

Porque tenían tiempo: Tomás no hacía nada y Pacho era el ayudante. De modo que culequiaban todo el santo día por el pueblo: donde fulanita que les contaba que peranita le estaba haciendo un vestido a zutanita y después a tomar el algo donde peranita para que les contara el motivo del estrén de zutanita... En fin.

Por la tarde se aplastaban en el kiosko del parque a tomarse los anisados con la disculpa del frío, porque iqué garganticas eran Tomás y Pacho, agua Dios misericordia!... Bogaban como machos asoliados.

Y claro, ya copetones armaban unas tertulias lo más amenas y hasta instructivas. Porque, todo hay que decirlo, Tomás y Pacho leían como unos condenados... Hasta en latín. Y cuando decían a pontificar sobre una tal Proserpina no sé qué, dejaban a todos boquiabiertos.

Pero tenían un defecto muy maluco: a todo el mundo le ponían sobrenombre. No le miento joven: en Santo Domingo no había cristiano sin apodo puesto por Tomás y Pacho. Precisamente por un sobrenombre que le pusieron esos fue que mi prima Teresita se enloqueció. Es que le pusieron el peor. Tan horrible que la pobre Teresita se encerró en su pieza a los veinticinco años y la sacaron ya vieja, a velarla en la sala.

¿El apodo? Espere. Mi prima, pobrecita, era más bien feíta: cumbambona y tenía un bisojo... No era que fuera bizca, era un bisojo, que para mí, para mí, hasta le lucía... Pero estos vergajos de Tomás y Pacho le inventaron el embuste que San Antonio, el que da novio, se hacía negar cuando ella lo invocaba. Qué pecao, eso la atormentaba y entonces la pobre Tere ponía el mayor empeño en ser agradable y servicial y hacer brillar su belleza interior...

Y ella creía que tapaba su cara expresándose bien, diciendo esas palabras raras y bonitas que decían Tomás y Pacho, y que ella dañaba en su boca campirana. De modo que Tere salía con cosas como: ¡Eh, ave, es que Tomás y Pacho sí tienen una lengua muy vespertina!, por decir viperina... ¡Y con ese repletorio que se mandan!, por decir repertorio... Y estos vergajos le daban cuerda y la surtían de palabras nuevas para que la pobre sonsa las volviera barrabasada.

Y una noche, en la pachanga víspera del matrimonio de una de las Bermúdez, estaban Tomás y Pacho y, claro, mi prima Teresita, que con el primer sabajón empezó a meter la cucharada y las patas.

No se supo qué pasó esa noche, pero al otro día Teresita estaba encerrada en su pieza, emperrada chillando y amenazando con

ahorcarse si Pacho y Tomás la ponían como la habían puesto.

—Pero explique mijá qué pasó —le rogó su papá don Cleto, mi tío político, al que fueron a buscar al corte.

—Que yo dije una cosa mal dicha y ellos dijeron que me iban a poner así... ¡buuú!

—¿Y qué sobrenombre te piensan poner? —le preguntó la mamá, mi tía Belarmina, y la respuesta era más llanto y Tere abrió la ventana para que la viéramos ponerse la soga al cuello, que ya había amarrado de una viga.

—¡Virgen santísima Teresita, eso ni charlando... es pecao mortal! —y me mandaron a la carrerita que buscara a Tomás y Pacho antes de que regaran el sobrenombre.

En sus casas no estaban, que habían madrugado a desenguayabar. Corrí al café de don Lalo: que no hacía nada se habían tomado de a totumada de guarapo, que tal vez estarían donde las Cadavides desayunando.

—Don Lalo, ¿no le dijeron cómo pusieron a Teresita, la hija de don Cleto?

—¿Cómo así que cómo la pusieron?

Salí en pitada para donde las Cadavides: que ya habían salido. Fui a la biblioteca y estaba cerrada tan temprano. Entonces me volví para la casa y encontré al padre Celestino confesando a Teresita por entre la chambrana de la ventanita de su pieza.

Después de confesarla, el cura tomó cacao con arepa de mote y quesito.

—Ni en la confesión me quiso decir cómo la iban a poner —contó el padre Celestino.

Mi tío Cleto bregaba a pedirle la sogá.

—Preste mijá que con esa sogá es que maniamos para ordeñar... Preste, no sea bobita, ¿quién se ha muerto en Santo Domingo por un sobrenombre? A ver, ¿se han muerto Pateloro, Culoelozá, Casperrata, Carecuajo, El podrido? Y cuando a don Lisandro, que es tan bravo, le dicen Sangreyuca, ¿qué hace?... Se ríe, y parte sin novedad... Con tal que no se ponga brava mijá. Acuérdesse que mientras más le choque, más le dicen... No ve que su prima dice que ellos no han regado nada.

Pero Teresita que no y que no y se subió al taburete y se amarró la sogá y que le perdonaran todo lo malo.

Y mi tío Cleto me dijo: ¡Vuele mijá busque ese par!

Y búsquelos y búsquelos y pregunte que si ellos dijeron cómo iban a poner a Teresita y nadie sabía y todos quedaban intrigados... Hasta que los encontré y ellos que qué, que ellos no se acordaban de nada, que cuál era la pendejada de Teresita... Y llegué con ellos a la casa de Tere y casi no podemos entrar por el arrume de noveleros.

El padre Celestino le insistía: Vea hija que los ahorcados no tienen derecho a misa de difuntos y quedan penando.

Entonces Pacho y Tomás la convencieron de que no se acordaban de nada y Tere entregó la sogá y salió sonándose los mocos y abrazos y cacao para todos.

—Ve ole Teresita —le preguntó Tomás sin ninguna malicia—, ¿cómo te íbamos a poner?

Y la bruta de Tere dijo.

El primero que soltó la carcajada fue el padre Celestino.

Cuento inédito hasta ahora, cedido para este libro por el autor.

Las inmigrantes

Beatriz Botero

BEATRIZ BOTERO. "...paisa, cuentista por devoción, profesora de idiomas y cocina por afición, lectora impenitente, viajera... Desde los corredores de la vieja finca, en Eloísa, con las lomas de Antioquia a sus pies, hasta el oasis de Saravasti, con su olor de azahar y arenas de desierto, se mueve en la vida, sencilla, triste, alegre...".

Relatos suyos han aparecido en antologías del género, publicaciones literarias, y en su, hasta ahora, único libro.

Ese frío día de otoño madrileño, Juana entró corriendo al dispensario.

—Por favor, ¿en dónde encuentro a la señora Tarkov?

—¿Es pariente?

—No, soy compañera.

—¿Compañera? —y la enfermera alzó las cejas.

—Sí, sí, compañera.

—Pero, usted puede tener sesenta años menos...

“Imbécil” pensó. Luego:

—Compañera de vivienda.

—¿Vive usted en la Casa Refugio?

—Sííí... —casi gritó con impaciencia—.

Por favor, ¿puede decirme en dónde está?

—Está bajo sedantes, la impresión que recibió ha sido demasiado fuerte.

—Sí, pobrecita, su única amiga.

—¿Conocía usted también a la señora Aslan? —preguntó la enfermera.

—Claro, todos la conocíamos, al menos los que vivimos en el Refugio.

—¿Y por qué razón vive usted allí? Francamente, si le quitan los puestos a los ancianos...

—No he quitado ningún puesto, yo pago, no estoy gratis.

Nuevamente la enfermera la escudriñaba de arriba abajo. “No le voy a dar explicaciones”, pensó Juana “a nadie le interesan mis asuntos personales”.

—¿Cree que puedo esperar a que despier-
te para verla?

—Como quiera —respondió la enferme-
ra, empezando a revisar papeles.

Juana se sentó en una banca al lado de la ventana y, al tiempo que miraba, empezó a recordar su llegada a Madrid después de tantos planes.

Su ingreso al Tecnológico no había sido difícil dadas sus buenas notas; su alojamiento en un hostel cercano había sido contratado desde antes y en su viaje no había tenido tropiezos. Pero, al llegar al hostel, encontró una enorme pancarta que decía: *Cerrado por orden del Ayuntamiento de Madrid*. No hubo quién le diera razón de nada hasta que al fin se le ocurrió llamar a una pariente de su madre que

vivía en el Convento del Carmelo. Tras una corta conversación, Sor Aurora de los Desamparados le dijo que se dirigiera al Refugio de Ancianos de la Plaza de Santa Engracia, que era manejado por otra monja de su comunidad y, mientras tanto, ella llamaría para que le dieran, al menos, asilo temporal.

Era una casa en donde vivían ocho ancianos, seis hombres y dos mujeres. No había allí servicio de comidas; todos los días eran traídos, en un coche cantina, el desayuno, el almuerzo y la comida. Una sola monja cuidaba de todos repartiendo los platos; ya por la noche, los ayudaba a acostarse. Esto hizo que la recibiera bien cuando ella llegó y empezó a ayudarle con los ancianos y, como no se presentó nadie más, la dejó quedarse en una habitación pequeña que quedaba detrás de la cocina, sin afanarla para que se consiguiera otro vividero.

Pero no fue fácil alternar con los ancianos. Por lo general, cada cual se la pasaba encerrado en su cuarto frente a un televisor o dormitando. Algunos escasamente la saludaban y los otros la ignoraban. Con la única que consiguió amistarse fue con la señora Tarkov, esa viejita inmigrante rusa que le contaba de sus primeros tiempos duros por una Europa empobrecida y no muy amigable para aquellos cientos de inmigrantes de la Gran Rusia.

Decía haber alternado en París con los intelectuales más importantes de la época; pero al poco tiempo de estar allí murió su esposo, y entonces ella siguió buscando un mejor pasar, hasta que finalmente fue a dar a Madrid, en donde, gracias a un movimiento caritativo mundial, había por fin podido descansar y tener asegurada su manutención.

—Ahora —decía— vivo sólo de mis recuerdos.

Muchas veces, Juana le indagaba sobre sus orígenes familiares; si había tenido, o no, hijos. Pero la vieja señora se emocionaba y empezaba a hablarle en ruso y ella no se atrevía a interrumpirla, así que quedaba sin saber mayor cosa.

Sólo con la señora Aslan, la otra anciana de la casa, se la veía contenta. Se reunían en su cuarto todas las tardes y en un samovar calentaban el té que tomaban con unas galletas que guardaban del desayuno y el almuerzo. Se instalaban al lado de un pequeño gramófono del que invariablemente salían notas del compositor ruso Katchaturian, a quien Juana reconocía por ser también el compositor preferido de su padre. Muchas veces, cuando llegaba, ya después de oscurecido, al entrar, las oía reír y conversar siempre con la misma música de fondo.

La señora Aslan era diminuta; si acaso alcanzaría un metro con cincuenta. Llevaba

siempre el pelo blanco recogido en una moña y estaba tan encorvada que para saludar tenía que alzar completamente la cabeza. Y, entonces, mostraba unos ojos grises y vivos y una bella sonrisa. En varias ocasiones, Juana quiso detenerse a conversarle, pero ella le daba unos toquitos en la mano y seguía derecho a su habitación o se entraba donde la señora Tarkov.

“Ha de ser tímida” pensaba Juana. “Pero el todo es que se la ve contenta”.

—Oiga, ¿se ha dormido? —la voz vino desde el mostrador.

—Ah, me habla a mí —respondió Juana, aún sin saber de qué se trataba.

—Claro, a usted le hablo, mire, la señora Tarkov ya está más despierta. Puede pasar a saludarla si quiere.

—Gracias —respondió Juana levantándose de un salto.

—Segunda puerta a la derecha, en el piso de encima.

Subió y en puntillas se dirigió hacia la habitación, que estaba entreabierta. Silenciosamente se acercó y miró.

¡Cómo parecía de pequeña la señora Tarkov! Se diría, apenas, una niña. Lentamente se arrimó y le tomó las manos entre las suyas. Le parecieron frías, por lo cual le subió un poco más la manta.

—¿Juana? —preguntó la anciana con voz débil.

—La misma, ¿cómo se encuentra?

—Cansada, pareciera que todos los años que tengo, los hubiera vivido en una sola mañana.

—No hable, ahora descanse un poco.

—No, no, quiero hablar, quiero sacar de mí este día terrible.

—¿Qué pasó?

—Ayer por la mañana Sonia y yo desayunamos juntas luego de que el coche cantina trajera las comidas. Ella estaba de muy buen humor y quedamos de vernos a la hora del té, como de costumbre. A las cuatro yo salí a comprar una torta para la reunión y me senté a esperarla. Pero no vino, entonces Sor Ignacia de la Trinidad, a quien pedí averiguar, me dijo que la encontraba un poco indispuesta y que guardara la torta para el desayuno de hoy y ella nos lo traería a mi habitación. Esta mañana cuando Sor Ignacia trajo los desayunos me dijo que subía por Sonia y, al rato, oí que corría escaleras abajo y llamaba al Ayuntamiento. Presintiendo algo, esperé. Muy pronto llegó una ambulancia con un médico y otros dos señores. Usted salió muy temprano hoy, ¿no?

—Sí —respondió Juana—. Tenía una clase a las siete de la mañana.

—Pues más o menos a las diez entró el doctor a saludarme junto con Sor Ignacia a quien vi con los ojos llorosos. Me lo contaron: Sonia debe haber muerto en la noche, estaba acostada y cobijada. Se le paró el corazón. El doctor mismo me acompañó a verla. ¿Sabe, Juana? Tenía la misma sonrisa que le conocí desde hace ya unos cuarenta años. Era linda, ¿verdad?

“Ella era armenia. Salió de allí unos años después de mi salida de Rusia. Llevaba yo acá varios años cuando un día oí una melodía rusa y entonces subí: desempacaba sus cosas y de un pequeño gramófono salía la música. ¿Sabe usted? Toda pieza musical lleva siempre dentro de ella el alma del pueblo del autor. Se acercó y me mostró una vieja fotografía; ella era reconocible por su sonrisa, estaba joven y hermosa. A su lado, un hombre joven la miraba fascinado y pude distinguir una dedicatoria firmada ‘Aran Katchaturian’.

“No necesitamos más, desde ese momento fuimos dos amigas reencontradas en un mundo diferente al nuestro. Luego, empezamos a pasar las tardes juntas y fuimos más que hermanas durante todo este tiempo. ¡Quién creyera! la ambulancia sólo sirvió para traerme a mí hasta acá” —la señora Tarkov se silenció y se pasó un pañuelo por la cara.

Con un nudo en la garganta y haciendo un esfuerzo, Juana preguntó:

—¿Cómo salió de Armenia la señora Aslan?

—Nunca lo supe.

—¿Tuvo hijos?

—No lo creo.

—¿Tuvo esposo?

—Lo ignoro.

Desconcertada, Juana volvió a tomar en las suyas las manos de la señora Tarkov.

—¿Usted nunca le preguntó nada de eso?

—Claro que sí, sólo que no supe la respuesta. Dígame Juanita, ¿habló usted alguna vez con Sonia?

—No, ni siquiera sabía su nombre, ahora que lo pienso.

—Pero, ¿sí la oyó hablar conmigo?

—Por supuesto.

—Pues bien —dijo la anciana luego de un largo suspiro—, ninguna de las dos conocía la lengua de la otra. De origen ruso, sí, ambas, pero de dialectos distintos. Yo aprendí español y ella no. Cada una contaba sus cosas y la otra simplemente escuchaba. Luego reíamos juntas y con eso bastaba. Ya lo ve, tantos años de amistad. Además estaba la música, la de su amigo el compositor armenio. ¿Sería su hermano? ¿Su amante? Tampoco lo supe. Pero ése fue siempre nuestro mejor punto de comunicación.

“Una vez, hace ya varios años, pude ahorrarle a Sonia una pena. Sucedió una tarde ya oscura cuando tomábamos el té en mi cuarto y de repente el aire pareció llenarse de nuestra música. Salía de todas las habitaciones. Sonia se paró asombrada y tomadas de la mano salimos al corredor. La habitación del señor Sandino estaba entreabierta y nos asomamos. En el televisor un hombre leía las últimas noticias con nuestra música de fondo. Informaba sobre la muerte del compositor. Sonia no se dio cuenta, pues sólo escuchaba arrobada. Así que yo aplaudí y ella me imitó. Salió de la habitación contentísima, casi bailando. Sí, esa pena pude ahorrársela”.

La señora calló. Luego dijo:

—Iba a pedirle algo, antes de que pasen por ella los de las honras fúnebres. Vuelva allá y le prende el gramófono con su música una vez más; y, por favor, recoja la fotografía de la mesa de noche. Quiero ponerla en la mía. Nadie va a pedírsela, no tendrá ningún inconveniente. Váyase ya, Juana, que estoy cansada.

Juana le estrechó de nuevo sus manos, le arregló las cobijas y, en silencio, bajó las escaleras.

—Oiga, ¿cómo la encontró? —le llegó la voz de la enfermera.

Sin responder, Juana abrió la puerta y salió al frío de la calle. A ese frío que corta la cara y congela las lágrimas.

De *Mirto y otros cuentos*. Editorial El Propio Bolsillo. Medellín, 1999.

Cinco relatos cortos

Pedro Arturo Estrada

PEDRO ARTURO ESTRADA (1957). Nació en Girardota, Antioquia. Poeta y cuentista. Ha publicado tres libros de poesía: *Poemas en blanco y negro*, *Fatum* y *La oscura edad*. Se desempeña como promotor de literatura.

Arcangélico

Mi arcángel favorito se esconde en el baño del bar en caso de apuro. Toma la figura del lustrabotas si es preciso. No me pierde de vista. A veces me lo encuentro por casualidad en la calle y, aunque cambie de acera, no puedo escaparme a su saludo. Me reprocha un poco andar vagabundeando por ahí, no estar temprano en casa, aplazar mis deberes. Le digo que me deje ser como soy. Que no se inmiscuya. Pero de nada le valen mis evidentes descortesías. Mi arcángel favorito es un sabio zen aunque le disgustan mis uñas comidas, mi vicio solitario, mis camisas ajadas. Parece una novia molesta. De seguro no hay otro como él.

Sin embargo, ya sabe que mi fe es débil. Que cada día le creo menos. Sabe que una mañana de éstas despertaré sin verlo y, entonces, será apenas como olvidar dónde extravié la llave de la puerta o la revista vieja que leía en los parques.

(1999)

Sombra de caín

Desde entonces, en mis manos nace la ruina, el moho, la enfermedad. He trashumado la noche infinita, la orfandad ilimitada de la tierra. Mi rostro ha desaparecido. Llevo a cambio la máscara de la muerte que en mí ha tomado lugar definitivo. Mares, desiertos, páramos, abismos, cimas de desolación han cruzado mi sombra, ciudades bajo fuego, calles de nadie donde la miseria saludó mis pasos. Ninguna puerta se abrió para mí. Nadie albergó en sus ojos la soledad de mi rostro y, por el contrario, el terror ha helado la mirada de muchos cuando estuvieron frente a mí por unos segundos. Sin embargo, he amado también las noches fulgentes, la calma de las montañas y el rumor impasible del viento en las hojas. La belleza intensificó su embrujo sobre mí con los siglos y es acaso, su contemplación inacabable, su cercanía dolorosa como el pecado, mi secreta, inacabable con-

dena. El rostro de Dios se multiplica en cada cosa que encuentro. Su voz todavía resuena como aquel día en cada recodo del camino, en cada tramo de la huída interminable que aun cuando todo acabe, en la nada última, continuará arrastrándome.

(2006)

Nerón

Aún escucho la letanía del fuego pronunciando mi nombre sobre Roma y los más secretos antros del crimen. Los gritos, la voz insomne de la destrucción aunada a mi propio canto en la noche extasiada. El tiempo ha derruido y sepultado los muros, los frescos, la magnificencia de mis palacios y no obstante, mi nombre lo sigue convocando la gloria, el recuerdo inmortal de la grandeza, de la época en la que sólo yo era el aeda y las celebraciones, las orgías, las libaciones, los banquetes, las efusiones de la sangre y el semen, como las lágrimas y el sudor del miedo no se detenían. No otro cielo me estuvo destinado, ninguna otra salvación. Legiones de mansos creyentes fueron alimento de mis leones y también de mis llamas en las noches de tedio. La turba delirante supo magnificar ese gesto, rubricar con su aullido y el estruendo de sus pataleos la salvaje grandeza que para

ellos soñé, que para los dioses de la crueldad consagré. La vida tuvo por aquellos días memorables tal vez su mayor intensidad. Fui el oficiante del espanto, la belleza última que en el vértigo se revela a los mejores, a los más solos, a los dueños absolutos de sí mismos y de su vértigo.

(2006)

Atila

Retumbaba la tierra a nuestro paso. El día nos ofrecía sus cuchillos de oro para degollar los pueblos, los sueños de miles, y encender los odios, el asco, el terror. Las noches de amor de los humildes fueron rasgadas por la espada y cercenadas las pieles al paso de nuestra furia. Nada sino el imperio del vacío podía oponerse al ardor de la sangre, la fuerza de los ojos horadando la estepa. Furor y temblor cabalgaron siempre como fieles, imbatibles guerreros a guisa del viento que fui sobre los antiguos caminos, los muros derrumbándose bajo el humo y la lluvia negra de las saetas. ¿Quién señaló el fin de aquellos bárbaros tiempos sino la debilidad de los dioses que faltaron al pacto y permitieron la derrota de mis huestes? ¿Quién sino el propio veneno que llevaba en las venas y convirtió mi corazón en un tubérculo podrido? Ah, todavía mi espada, mis caballos y guerre-

ros inmortales acechan los siglos. Mi guerra continúa y todos los imperios de la tierra y del cielo me temen. Saben que sólo cambio de nombre, de escudo, de emblemas, de tácticas. Porque la destrucción es la misma y la venganza, insaciable.

(2006)

Sade

Pero no fui sino un soñador ingenuo de tiempos más libres y, de verdad, humanos; El paladín involuntario de la verdadera independencia del hombre y sus virtudes reales: la crueldad de los instintos, el goce de los sentidos. Porque quise fundar en realidad, la República de Eros en sabia convivencia con Thanatos. Quise restaurar en la tierra la soberanía del deseo más allá de la triste sumisión y el acuerdo hipócrita de la conveniencia y la razón.

Al menos brillaron un poco esas páginas prohibidas; la tinta roja fulguró en la oscuridad de mi celda: los cuerpos ardieron en el frenesí de mi imaginación bajo el furor sagrado que dio origen al mundo. Yo celebré esa fiesta demente de la carne devoradora, las lágrimas, el sudor y la sangre como un festín y, sin embargo, aún no ha llegado su momento mayor. Espero, todavía, detrás de

cada sombra, cada rostro, cada día, esa última celebración.

(2006)

De *Odradek, el cuento*, revista N° 11, abril de
2008.

Antígona

Óscar Darío Ruiz Henao

ÓSCAR DARÍO RUIZ HENAO (1967). Nació en Medellín. Estudió Idiomas en la Universidad de Antioquia y tiene una especialización en Pedagogía Social de la Funlam. Publicó el libro de poemas *Poemas, oraciones e inscripciones*. Primer premio en el tercer concurso de cuento de Uniban en 1995, y también primer premio en el concurso de ensayo La Promoción de la Lectura Edilux-Comfenalco, con una propuesta sobre Mamá Candó. Es profesor universitario en Apartadó, y actualmente prepara un libro de relatos ambientados en Urabá.

*A Ulises, trabajador bananero,
que me contó esta historia en clase de ética.*

“Pájaro dos, pájaro dos. Una mujer como una virgencita baja por el río en dirección al objetivo”. “Le copio”, respondió uno de los francotiradores, un poco perturbado por lo de “virgencita”. Tenía la orden, con otro que lo acompañaba, de dar de baja a cualquiera que se acercara al objetivo.

“Que una virgencita viene a rescatar este muerto”, dijo un tanto despectivo, dirigiéndose a su compañero. Vestida de blanco, el cabello trenzado, una canasta en las manos llena de flores de murray, y en los ojos la convicción y la certeza, ella se erguía decidida a cumplir con su misión: llevarse el cuerpo de su hermano, que había sido condenado por la guerrilla a ser devorado por las aves de rapiña, y darle cristiana sepultura. Debía trasladarlo de una balsa en la que yacía desde la noche anterior, semidesnudo, sobre el río Atrato, a su casa. Ya había alistado el ataúd y separado un espacio en el cementerio.

El muerto había vivido plenamente el infierno de la guerra. Pasó del bando de la guerrilla a escolta de narcos. La muerte de su hermano mayor a manos del frente 17 de las Farc, lo acercó a los paramilitares, donde militó hasta la venganza. Luego trabajó con el ejército y, agotado y decidido a dejarlo todo, a reinventar una nueva vida, regresó por su hermana, dos sobrinos y un entenado.

“No vengas que te matan, sos mi único hermano”, le había advertido ella en su última carta.

De un tiro de gracia, el comandante Cruz, que estaba a cargo de dicha misión, lo mató “por traidor”, y decretó que sería expuesto a las alimañas sobre el río y que quien se atreviera a oponerse a ello, sufriría la misma suerte. La noticia corrió por todas las poblaciones cercanas al río. Los pobladores conocían la arbitrariedad y la crueldad del comandante Cruz.

Los rumores de que la muchacha bajaba por el río llevaron a que la gente se asomara y, a pesar del miedo, algunos niños le enviaban saludos con la mano. Erguida, sintiendo el viento en su rostro y un sobrino de ocho años que la acompañaba remando, recibió la luz de la mañana y vio en el cielo las aves de rapiña que se amontonaban.

Los dos francotiradores avistaron la embarcación a lo lejos; desde su escondite, entre matorrales y arbustos, se alistaron con sus fusiles a cumplir la orden dada.

Llegó ella hasta la balsa. Sobre la balsa, el muerto tenía el rostro vuelto hacia el cielo, la cara sucia de sangre negra. Las aves carroñeras daban vueltas en lo alto, cada vez más abajo. Ella descendió de la barca. El agua le llegaba a los muslos. Aseguró la embarcación con un lazo atado a una palma de coco de la orilla, sacó un trapo de la canasta y comenzó a limpiar el cuerpo de su hermano. Los dos francotiradores apuntaban calladamente y deseaban tener una hermana, alguien que se preocupara por sus cuerpos, ellos, que habían visto cientos de maltratados por la guerra. Miraron cómo el niño jugaba con el agua, esperando una orden de la mujer, mientras ella vestía a su hermano muerto con una sábana.

Sonó la radio: "Pájaro dos, pájaro dos: ¿Qué pasa con el objetivo?", era la voz del comandante Cruz, instalado a tres minutos del lugar donde esperaba escuchar al menos un disparo. No hubo respuesta. Los dos francotiradores se miraron y bajaron el fusil.

Pasados algunos minutos, la muchacha y el niño ya habían logrado mover el cuerpo, limpiarlo y envolverlo en la sábana en el instante en que el comandante Cruz llegó

impaciente al escondite de sus subalternos. Miró la escena desde los matorrales y con la cara de un diablo en furia gritó: “Estos perros como que se ablandaron. Ahora arreglamos”, y montó el fusil dispuesto a cumplir con su propia orden. Apuntó a la joven de blanco, la puso en la mira y sonó un disparo. Cayó el cuerpo del comandante Cruz con el cuello roto por una bala.

“Pájaro dos, pájaro dos, qué pasó con el objetivo, responda, pájaro dos, pájaro dos...”, sonaba insistentemente la radio. Los dos guerrilleros desertaron esa mañana.

Dos kilómetros río abajo las aves de rapiña tuvieron su festín.

De Escritos desde la sala. Boletín cultural y bibliográfico de la Sala Antioquia (18). Biblioteca Pública Piloto, Medellín, diciembre de 2008.

Gajes del oficio

Javier Gil Gallego

JAVIER GIL GALLEGO (1958). Nació en Andes, Antioquia. Obtuvo el título de historiador en la Universidad de Antioquia en 1989. Ha publicado cuentos en diversas publicaciones especializadas, en revistas y suplementos. En el año 2008 publicó su primer libro de relatos.

Usted patrón me dijo que él estaba de percha verde. Yo llegué allá con mi parce, el de los cruces. Pedimos par heladas, pa' no dar mucho visaje, y pilas con la llegada del bacán ese, el de verde. El fierro lo tenía yo aquí en la mecha, como siempre; ni pa' ir al baño me lo bajo, uno tiene que estar mosca: ahí lleva uno en la mira a todo el que aterriza, y que ningún torcido le de a uno por detrás, porque a mí la gonorrea que me vaya a tumbar, que me tumbe de frente, como lo hago yo, de frente pa todo patrón, y uno en los rincones se puede descargar si llega la tomba; esos manes siempre llegan cuando nadie los llama. Y el bacán ése nada que aparecía. Yo le pedía a la virgencita que me ayudara; es que una vez me pasó con un pirobo de Campo Valdés que íbamos a levantar por faltón: se le tumbó un billete a un duro en un cruce, de cajón iba esa gonorrea, perdió el año; y sabe qué, al lo-

co ese nunca supimos si fue que le sapiaron, o tenía un ángel de la guarda muy piloso; el caso fue que se nos vinagró la vuelta y se perdieron trescientas lucas. Yo siempre hago los cruces con el Alex. Es calidoso, no se me ha torcido nunca, y es severo piloto pa manejar la DT. Al parce no le gusta sino la DT envenenada, pero sin gallos —hay otros manes de la oficina que les gusta la 115, o la dos cincuenta—, es que la DT es una chimba de perro, se maneja con el cuerpo; y si anda al zoco con buen parrillero, no lo ven ni en las curvas. Una vez nos salieron unos casposos dedicalientes de La Floresta, en qué perros tan tenaces, había una ninya y todo, qué va, no comimos de nada, oigan a mi mamá, todavía nos deben estar buscando. Él maneja y yo me encargo de acostar a la garulla que sea. Somos severo equipo, sisas. Él vive ahí a media cuadra del rancho. Ese man y yo siempre hemos sido llaverías a lo bien, pa las que sea. Esa cheno la base mía era: este cruce se me va a vinagrar. Pero yo al Alex no le dije nada pa que no perdiera moral, porque uno a veces es como negativo, ¿me entiende? Yo le decía: fresco Alex, que el bacán aparece. Ese bacán cae todos los miércoles por aquí, no falla. Eso me había dicho usted patrón, y me dijo que lo había visto todo el día con la misaca verde. Salimos, le dimos unos plones a un yoin;

entramos, pedimos otras nieves. Me estaba paniquiando, sentía que estaba dando más visaje que un putas. Y el bacán nada que aterrizaba, y en ese chuzo ponían unas melodías más banderas, el viejo Alex, todo colino, decía que ésa era música de fogata; qué risueña, y como a nosotros eso no nos gusta, pedimos rap, y que nada, que allá no ponían d'eso, y los manes se mosquiaron porque vieron que no éramos de ese parche, y empezaron todos asaos a llevarnos en la mala. El Alex se estaba tocando, yo le dije fresco parece que estamos es camellando, pero sabe qué: si sobra un frutazo se lo ponemos a ese picaíto de allá, el que nos está bataniando, fresco parece que en la vida hay desquite. Como a las nueve de la cheno, llegaron unas hembritas: ¡severos bongaos! El Alex güete con esos tarraos; yo le dije: fresco parece, que vinimos fue a un cruce. Si no ese loco es capaz de echarle los perros a esas peladas, porque ese man es entrompador, él cotiza con las viejas, yo soy más resguardado, pero sabe qué, a la final esas fufurufas no son pa uno. Yo seguí campaneando. Como a las once todos pailas con esas melodías, con el visaje de esos picaos —qué desparche tan tenaz—, mejor dicho ya estábamos todos amuraos, cuando aparece el bacán de verde. Llegó todobien, risitas con las nenas. Se parchó a todo el frente de nosotros:

de verde, de bocito, como usted nos dijo. Yo le hice señas al Alex, el parce y yo nos entendemos pa todo. Pagamos pa no armar tropel, porque con cualquier maricada se puede vinnagrar la vuelta. El viejo Alex se fue por el perro. Él me campaneaba desde la puerta, que no venga la tomba —una vez nos tocó salir echando chumbimba, porque llegaron unos feos; esos manes porque son muy miedosos, si no, nos hubieran cascado—. Alex prendió el perro y lo parquió al lado de la entrada, pa' no dar visaje. Yo me fui de frente como me gustan los cruces —es que la otra vez le di a un man de lado, en la oreja, y esa gonorra se salvó y no pagaron el cruce, porque el loco se pisó para la USA. No dio tiempo de acabar el camello a lo bien—. Como le iba diciendo, yo les pego en toda la bezaca, de frente, no como de nada. Le pido a la cucha que me acompañe, volteo el escapulario y de una, me tengo una confianza tenaz. Casi siempre tienen con un frutazo, apenas caen los remato con otro, no se me ha vuelto a salvar ni uno. Ya iba pa donde el bacán, cuando de la puerta el viejo Alex me dio el cántemelas, y yo que estaba empezando a sacar el fierro oigo eso y sigo de chori —ése es el visaje cuando cae la tomba o hay tropel—. Miré pa la puerta y estaba entrando otro man igualito de verde y bocito —a estos catanos que

les gusta tanto el bocito minetero—: yo me pegué a la pared, para cuidarme la espalda. Y llegó otra gonorrea de verde, se sentó con los otros dos, ya me estaba encandilando. Fui donde el viejo Alex; tampoco sabía qué hacer. Yo le dije al parce que cómo íbamos a perder toda la noche y las buenas lucas; además usted patrón nos dijo que ese bacán no podía amanecer. Era en esa cheno que se iba de muñeco. Yo no me iba a patrasiar. Entrompé pa donde estaban los manes, tomando guaro y hablando maricadas, y así por orden de llegada, de a frutazo a cada uno y rematada en el piso. A mí no me gusta gastarme todo el tambor, porque se pueden presentar tropeles y uno con qué se defiende, pero tocó. Claro que todo el mundo se tiró al suelo, pero hay más de un asao por ahí con un trueno, o de pronto un feo. Salimos, cogí de quieto al de la chaza y le dije: no me has visto gonorrea. Bajamos al zoco. Uno a la cuadra ya sabe que coronó. Beso el escapulario, y quedo en deuda con la Virgencita. Yo siempre, al otro día del cruce, estoy pilas cuando la cucha pone en el loro *Cómo amaneció Medellín*. Hay dicen los muñecos de la cheno, pa saber a quiénes levantaron, porque hay parceros muy atravesados y fijo cada semana levantan uno, y de paso, con despiste, se pillá qué pasó con la vuelta que uno hizo. Y yo qué iba a saber pa-

trón que esa noche jugaba el Nacho, y el loco del loro decía: “Violencia entre las hinchadas produce las primeras víctimas”. A mí sí me dio qué risueña, porque esos manes sí son lisos para inventar videos, usted sabe patrón que yo soy hincha del poderoso, pero eso nada tiene que ver. No se caliente patrón, sabe qué, tómelo por el lado bueno: tres gonorreas menos, hinchas del verde.

De Trece cuentos no peregrinos. Edición del autor,
Medellín, 2008.

Plazo cumplido

Olga Elena Martínez

OLGA ELENA MARTÍNEZ GÓMEZ. Nació en Medellín. Médica oftalmóloga de la Universidad de Antioquia. Cuentista y cronista. Un cuento suyo aparece en el libro *Antología comentada de cuento antioqueño* de Mario Escobar Velásquez, otro, en el libro *Rompiendo el silencio. Relatos de nuevas escritoras colombianas*. Editorial Planeta, 2002. Finalmente, otro relato suyo hace parte del libro *Literatura antioqueña clásica y contemporánea*, 2004. Actualmente está preparando su primera novela.

Alejandro se acercó una vez más a la ventana para observar la calle principal, seguía desierta. Sabía que a esa hora era peligroso salir del hospital hasta su apartamento, así quedara cerca, pues con frecuencia las calles polvorientas se humedecían de muerte. Por eso no había nadie, sólo el calor pegajoso deambulaba por el pueblo.

Al fin salió. Sus pasos rápidos no le evitaron un temblor en las piernas, ni un sudor frío que empapó su cuerpo. Miró varias veces hacia atrás, asegurándose de que la calle siguiera solitaria. Comenzó a respirar aceleradamente, sus latidos violentos los sintió estallar en su cabeza y no pudo escuchar más que su concierto interior.

—¡Morirá esta noche! —gritó de pronto una voz metálica.

—¿Qué dice? —contestó asustado Alejandro, volteándose para buscar de dónde venía aquella voz.

—¡No podrá salvarse! ¡Ni siquiera ser médico le ayudará!

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo?

—¡Fue testigo esa noche!

—¿De qué? ¡No entiendo nada!

—¡Del hombre que maté y cayó sobre usted!

Alejandro permaneció quieto, aferrado al suelo. Pasó con brusquedad la mano por la cara, como queriendo borrar aquel recuerdo que persistía, apretándole el pecho.

—¡No he dicho nada! ¡Se lo juro!

—Pero vio mi cara. ¡Lo mataré por eso!

Al oír de nuevo la amenaza, intentó devolverse hasta el hospital, pero el miedo paralizó sus piernas. Sintió unos pasos que se aproximaban hasta él, pudiendo ver finalmente a su agresor: "El Buitre". Al acercársele más, el médico observó que le faltaban dos dedos de su mano izquierda y una cicatriz atravesaba el lado derecho de su cara. Cuando estuvo a un paso de distancia, le descargó un golpe a Alejandro que lo derribó al suelo. Se levantó aturdido e intentó correr, pero no pudo hacer nada cuando vio frente a él el cañón de Smith & Wesson apuntándole. Se incorporó con rapidez en la cama, quizás tratando de desprenderse de aquellas imágenes que se habían tornado repetitivas. La aparente realidad del sueño le dejó una saliva espesa

en la boca que le ocasionó náuseas. Ya ni dormido podía deshacerse de aquella idea fija, que lo había perseguido hasta el inconsciente.

Se levantó aún descompuesto y caminó hasta la ducha. Necesitaba tomar agua y sentirla correr sobre su cuerpo acalorado. Observó su desnudez, deteniéndose en el muslo donde tenía derramado el lunar que le hacía recordar a su familia. Era cuando más tranquilo se sentía.

El turno de la noche en el hospital apenas empezaba y el trabajo era intenso, como solía suceder los domingos. Alejandro se veía cansado y apenas si hablaba con los demás.

—¿Te ha vuelto a seguir?

—Sí, en todos los rincones me parece verlo —dijo Alejandro mientras atendía a un herido.

—He escuchado al “Buitre” conversar con sus amigos.

—¿Qué les dice?

—¡Que te matará con su Smith & Wesson!

El médico suspendió de inmediato su trabajo. Un ligero estremecimiento no lo dejó continuar.

—¿Por qué me dices eso? ¿También tú quieres ensañarte conmigo?

—Tranquilo, sólo quiero que tengas más cuidado.

—¡Pero si no tengo un minuto de descanso por estar vigilando!

Al terminar, su bata blanca quedó empapada en sudor. La enfermera que estuvo a su lado no supo con quién conversaba, pues nadie contestaba sus palabras, pero seguía hablando y al hacerlo miraba a un punto fijo donde no había nada, sólo aire caliente.

—Estaré en la pieza de los médicos. Llámeme si llega otro paciente —le dijo al alejarse por el fondo del corredor.

Tratando de dormir, advirtió que intentaban abrir la puerta. Sin pensarlo se paró de un salto y agarró la perilla, empujando con fuerza para no dejarla abrir, mientras balbuceaba frases entrecortadas.

—¡Soy yo, doctor, el celador!

Al escucharlo, Alejandro dejó de oponer resistencia y abrió.

—¡Perdone, no pensé que era usted! —respondió, agitado todavía.

—Lo necesitan en Urgencias, ha llegado un herido —dijo asustado por la reacción del médico.

Se vistió despacio, y respiró profundo para tratar de disminuir su ansiedad.

Al entrar en Urgencias, encontró a un hombre sangrando profusamente por el cuello. Lo conocía. Era David, un trabajador de las bananeras. Le dio los primeros auxilios y luego le

hizo una pequeña cirugía que logró estabilizarlo. Terminado el procedimiento, con el paciente en la habitación, Alejandro continuó vigilando.

—¡Gracias, doctor, me salvó la vida! —dijo en tono débil, al darse cuenta de que estaba junto a él.

—Sí, estás fuera de peligro.

—Un hombre trató de matarme por presenciar su crimen, pero me defendí y lo maté primero —agregó al final con frialdad.

Después de escucharlo, Alejandro se paró perturbado y comenzó a caminar de un lado para otro, sin poner atención a lo que le seguía diciendo. Por fin se detuvo para prender un cigarrillo. David observó cómo se atragantaba con él.

—¿Qué le pasa doctor?

—¡No soporto más!

Alejandro se sentó en la cama, cubrió su cara con las manos y lloró por un momento. Miró a David y empezó a hablar. Parecía una locomotora a toda velocidad.

—¿Hace cuánto sucedió? —preguntó David.

—Un mes —contestó más tranquilo.

—¿Está seguro de que fue él quien lo mató?

—Por supuesto. Todo lo recuerdo muy claro. Por eso me eliminará, porque fui su testigo.

—Pero... ¿De verdad lo persigue? ¿O lo imagina?

—Al principio me seguía. Yo lo miraba asustado y él se reía. Levantaba su chaqueta para que viera su revólver y se marchaba.

—¿Y ha llegado a decirle que lo matará?

—Sí, en tres ocasiones. La última fue cerca del hospital. Al amenazarme, corrí sin volver a mirarlo. Cuando llegué a mi apartamento me di vuelta para mirarlo y no estaba.

—¿Entonces, las demás veces?

—¿Las demás?... Creo que han sido invenciones mías. Ahora ya no distingo si es o no real lo que me sucede.

—¿Usted se siente bien, doctor?

—No. Por eso he decidido marcharme —habló muy bajo.

—¡Usted no puede irse! ¡El pueblo lo necesita porque es el mejor!

—No hay más remedio. Ya no puedo más.

Alejandro se paró y lo revisó de nuevo. Le dio indicaciones para que se quedara en reposo y salió. Quería recostarse un rato antes de que amaneciera.

Ya era lunes y Alejandro acababa de terminar su turno. Antes de salir del hospital, quiso ver a David de nuevo.

—Estás bien, pero te quedarás un día más —le dijo Alejandro.

—Hay un problema. No tengo dinero —le contestó mirándolo con mucha atención.

—Te conozco, además trabajas. Hablaré por ti para que puedas pagar después.

—¡Le pagaré en cinco días! ¡Se acordará de mí cumplido el plazo!

Era temprano aún cuando llamaron a Alejandro el domingo siguiente a su apartamento. Lo necesitaban para una necropsia. De nuevo lo inundó el recuerdo de su sueño obsesivo, en el que siempre despertaba antes de ser asesinado. Ahora, mientras se afeitaba, quería imaginar el final: *"Encontraron a Alejandro en una calle cercana al hospital muy temprano. Se percibía aún el olor de pólvora en su cuerpo. La sangre ya seca estaba pegada en su rostro, poniendo en evidencia que el blanco había sido su cabeza. Se hizo un corrillo alrededor del cadáver, todos murmuraban tratando de explicarse las razones del crimen. Por fin dos hombres decidieron recogerlo y llevarlo al hospital. Los demás siguieron el cortejo en silencio, con las caras incrédulas aún, mirando hacia el suelo. Lo dejaron en urgencias sobre una camilla, mientras el médico de turno observaba espantado a su colega allí tendido, muerto. Ya no había nada que hacer, sólo trasladarlo a la morgue, desnudarlo sobre la plancha metálica y esperar a que el médico disponible llegara para hacer la necropsia"*.

Listo para hacer la necropsia, bajó con lentitud las escaleras de su apartamento. No pudo evitar una extraña impresión de estar muerto, ocasionada por tener que atravesar el lugar en donde imaginó que habían

encontrado su cuerpo. Llegó al hospital, lo encontró casi vacío. Aceleró su paso y lo recorrió sin detenerse. Otra vez sus piernas le temblaban, pero en esta ocasión no era por la persecución de su agresor. Ahora sólo tenía una idea repetida en su cabeza: entrar en la morgue. Estaba ubicada en el patio trasero, donde había un pequeño cuarto adaptado. La puerta estaba entreabierta y afuera, en el otro extremo del patio, un tumulto de curiosos esperaba a que llegara el médico.

“Al parecer fue alguien conocido”, pensó.

Estando a varios metros de distancia, trató de identificar el cadáver. Estaba desnudo sobre la plancha, pudiendo ver claramente un lunar derramado sobre su muslo. Alejandro palideció, no podía creer lo que estaba viendo. El pánico sacudió su cuerpo, tornando sus pasos indecisos y tardando su avance hasta la morgue.

—¡Por qué yo! —se repetía, mientras sus ojos enrojecidos permanecían fijos sobre la plancha metálica.

Al llegar a la puerta, no pudo más que aferrarse a ella, al ver finalmente de cerca el cadáver. La expresión de su cara cambió, pero el impacto persistía reflejado en sus ojos. No podía hablar, ni dar un paso más. La sangre ya seca estaba pegada en aquel rostro yerto, poniendo en evidencia que el blanco había si-

do su cabeza. Ese hombre allí tendido, tenía además una cicatriz que atravesaba el lado derecho de su cara y le faltaban dos dedos de su mano izquierda.

De Ellas escriben en Medellín. Varias autoras.
Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2007.

Quien nace para maceta

Luis Mejía Londoño

LUIS MEJÍA LONDOÑO (1963). Nació en Yarumal, Antioquia. Comunicador de la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín. Cuentos suyos han aparecido en diversas publicaciones nacionales. Ocupó el segundo lugar en un concurso de ensayo (2003) patrocinado por la revista *Fez* de Quito, Ecuador, con el titulado *La provincia es un cuento*. Actualmente reside en su pueblo natal, dedicado a labores docentes y a proyectos culturales.

Molina es mi amigo de toda la vida. Siempre le digo así, por su apellido, que ha venido a convertirse en un mote. Él sí me llama por mi nombre, pero mi nombre aquí no tiene importancia, soy un simple y torpe narrador.

Creo que nos unen nuestras diferencias. Molina es un hombre de estudio, profesor universitario. Yo soy un modesto comerciante, que acaso gracias a su invencible soltería ha logrado juntar unos pocos pesos. Así que cuando él me propuso que lo acompañara a Europa, acepté entusiasmado. Siempre soñé con ir al viejo continente, tal vez con la idea de que pisarlo podría darme un leve barniz de esa cultura que me falta, y cuya ausencia a veces me pesa. Mi idea era recorrer unos cuantos países y ciudades, tomándome para ello el tiempo que me daban mis 45 días inscritos en el permiso de entrada. La suya, mucho más ambiciosa, era acompañarme

en ese recorrido, y quedarse luego en Roma, donde pensaba hacer una maestría de semiótica en una importante universidad de la que no retuve el nombre. Un primo suyo, residente allí, le había prometido alojamiento.

Fueron a despedirnos al aeropuerto su madre, su hermana y Ligia. Ligia había sido su novia durante demasiado tiempo. Él ya no la quería, tenía yo pruebas de sobra acerca del asunto, pero ella sentía por él un amor rayano en la adoración, casi perruno. Y Molina, un hombre débil, se dejaba llevar por esa inercia, sin atreverse a decirle palabras definitivas. Cuando sonó en el altoparlante la voz que nos llamaba a la sala de espera, Ligia sacó de repente un anillo y lo encasquetó en el anular de su amado. “Para que no me olvides del todo”, dijo sonriendo. Por fortuna, poco más se habló, la prisa del segundo llamado precipitó los adioses.

Aterrizamos en Madrid, una ciudad que se va estrechando a medida que uno penetra en ella; huele a ultramarinos y a chorizo. Molina me enseñó algunos rincones interesantes, y también unos grandes lienzos en el Museo del Prado, lugar que me felicité íntimamente de conocer. “Buen comienzo para mi barniz”, pensé.

Con Madrid como base, hicimos sendos y cortos viajes a Toledo, donde los japoneses

no nos dejaron ver el bosque, y a Segovia, donde los alemanes no nos dejaron mesa libre en el famoso Mesón de Cándido, escenario, dicen, de los mejores cochinillos de España. De Madrid, siempre en tren, rodamos a Viena, una helada escenografía, me atrevo a decir, a pesar del clima primaveral. Y nos fuimos por fin a Roma, meta final de mi amigo. Una vez en la Ciudad Eterna, poblada de colinas y de gatos, nos alojamos en un ático, cercano al Coliseo, que el primo de Molina había alquilado para él. Mi amigo inició contactos para lograr el ingreso a la universidad. Su primo le informó que, para facilitarle algunos ingresos, le había conseguido un empleo de vendedor en una tienda de objetos religiosos, que él mismo regentaba, justo a las puertas del Vaticano, cuya clientela se componía casi exclusivamente de turistas pueblerinos, gente ingenua y sencilla que acude a esos establecimientos para llevarse a su pueblo una certeza de salvación eterna. La frase no es mía; la dijo el primo, claramente a disgusto con ese comercio poco santo. Sus razones tendría, pues llevaba varios años en aquello. Pero no estoy aquí para opinar, soy apenas un torpe narrador.

Ocupado en descubrir los encantos de Roma, la gracia de sus mercados callejeros, poco o nada advertí del creciente desasosiego

de mi amigo. Hasta que una noche, ya recogidos en nuestro ático, Molina, que fuma poco, empezó a consumir desaforadamente un cigarrillo tras otro, sin musitar palabra, impelido por no sé qué oscuras tormentas. Consumió en un santiamén mis dos cajetillas de reserva, mientras yo lo miraba asombrado, sin atreverme a protestar por el expolio, ya irremediable a aquellas horas de la noche.

Cumplidas por mi amigo algunas necesarias diligencias, visitamos a Florencia, que me pareció más joven de lo que sus años prometían, y a Venecia, que sentimos fuera del alcance de nuestros bolsillos, y en donde una tarde nos extraviarnos, cosa imperdonable en turistas que transitan por ella armados de mapas prolijos.

Estando allí, hicimos la obligatoria visita al Lido; aboradas por la mañana un ferry, regresas en la tarde. El Lido se mostró a nuestros ojos tropical, con sus palmeras, sus alamedas arborizadas, sus callejuelas repletas de tiendas de souvenirs, sus pequeñas trattorias. Después de almorzar, nos sentamos al borde de la ensenada. Hacía un sol de fines de primavera, y guardamos silencio un buen rato, cada uno con la mirada perdida en las aguas. De súbito, sin previo aviso ni comentario alguno, Molina retiró el anillo de su dedo, y con mano segura y gesto grave

lo arrojó al agua, haciéndole describir un largo círculo. Cayó justo al frente de nuestros ojos, y allí debe estar todavía, minúsculo objeto para siempre invisible en el fondo de la rada del Lido. Fue una acción rápida y silenciosa, sin testigos y sin palabras.

De nuevo en Venecia, pasamos allí la noche, y al día siguiente nos marchamos a París. Como esto no es un diario de viaje, omitiré detalles. Diré solamente que, infiel a su fama, en París se come barato y bien, si aciertas en qué hueco meterte. Regresamos por fin a Roma, donde Molina hizo los últimos trámites para su ingreso en la universidad, y sus primeros pinitos como vendedor de estampas y objetos religiosos en las goteras mismas del Vaticano, empleo que, al menos, le iría permitiendo adentrarse en los considerables peligros del idioma italiano. Finalmente nos despedimos, en la gran estación ferroviaria de Roma Termini. Él volvió a su nuevo hogar, el ático aquel que lo vio una noche fumar como un descolado. Yo retorné por unos días a Madrid, donde agoté el plazo de mi estancia europea, y las últimas pesetas de mi bolsillo. Cumplidas esas instancias volví por fin a Medellín, en un vuelo casi sin escalas, como si también al avión le apurara el regreso.

Pasó cosa de un mes sin que recibiera noticias de mi amigo. Una noche, estando en

mi apartamento del pasaje La Bastilla, oí sonar el teléfono. Era Molina. “Se te oye perfectamente”, le dije. “Es como si estuvieras aquí”. “Pendejo”, contestó. “Estoy aquí. Te llamo desde un público, en la esquina de tu casa. Voy para allá”. Al abrirle la puerta me regaló su mejor sonrisa. “Hermano”, me dijo, anticipándose a mis preguntas. “No aguante más. El curso en la universidad no era ni de lejos lo que yo esperaba. Y aquel trabajo de vendedor de ilusiones me estaba volviendo loco”. Traía una botella de Chianti, de esas de cuello largo y barriga panzona. Me pidió copas, y un sacacorchos para abrir la botella. Al hacerlo, noté que en su anular lucía un anillo.

Del volumen inédito *El pato sin grilletes*. Cedido para este libro por el autor.

El eclipse del 98

Rafael Aguirre

RAFAEL AGUIRRE. Nació en Medellín. Ha publicado cuentos y ensayos en libros, revistas y periódicos. Entre otras distinciones, fue finalista del Premio Nacional de Cuento 1998 de Mincultura. Actualmente prepara un segundo volumen de cuentos y dos novelas. Es psicólogo, educador y actualmente miembro del consejo editorial de la revista *Rampa*.

“Amigo Escorpión, hoy es un día muy especial para usted, la interposición de la luna entre el sol y la tierra, formando en nuestro planeta una franja de oscuridad casi total, le traerá energía en abundancia y nuevos bríos a su espíritu. Atienda los consejos de la persona más cercana a usted y buena suerte”.

Era la voz del astrólogo en el programa para noctámbulos, trasmitiendo desde la capital notas de farándula, noticias, datos curiosos y algo de música. Pero a medida que avanzaba la madrugada, las ondas hertzianas se esfumaban en ruidazales electrónicos y entonces, también ellas lo abandonaban. El pequeño radio de pilas y un periódico de cada ocho días eran su único contacto con el mundo exterior y hasta le servían de calendario.

Completaba, según sus cuentas, 22 días de cautiverio sin conocer el nombre del sujeto que le habían asignado como guardia. Desde muy temprano se atrevió a hablarle: “Señor... mi nombre es Fortunato Díez, ¿cómo se llama usted?” Él dio una respuesta que hacía honor a su apodo: “Me llaman Carepalo. Es mi nombre de batalla y punto”.

Esa madrugada del 26 de febrero de 1998, cuando la radio transmitía datos pertinentes

al evento cósmico, Carepalo le increpó desde el otro lado de la reja: ¡¡ey!, póngale más volumen a esa vaina..." y así lo hizo el prisionero, interpretándolo como un asomo de sensibilidad de su carcelero. De un periódico dominical que le trajeron a su celda, aprendió de memoria los pormenores del suceso celeste. Se sintió el ser más desgraciado al no poder gozar, junto a su familia, de la efemérides astronómica. Sin embargo, un asomo de regocijo lo embargó cuando notó que su cancerbero también leía el periódico abstraído en los datos técnicos del fenómeno, y miraba al cielo probándose unas gafitas para observar eclipses. Desde entonces, analizó cada uno de sus gestos y llegó a percibirlo como una extensión de sus ojos hacia el exterior.

¡Dios mío! Si se emociona con las maravillas de la naturaleza, entonces Carepalo tiene corazón, pensó. No puede ser tan mala una persona que mira al cielo. Parece asombrarse un poco por su manera inusual de levantar las cejas, arrugar el entrecejo y tocarse el mentón. No hay duda, tiene capacidad de meditación, está ansioso y no quiere perderse ningún detalle del eclipse. Carepalo siente emociones, concluyó percibiendo posibilidades de diálogo, destellos de esperanza y luces de libertad.

Había leído que ese día la luna ocultaría por completo al disco solar, produciendo

un cono de oscuridad total a lo largo de una franja que en promedio tendría 140 kilómetros de ancho. Entonces, a juzgar por el interés que Carepalo mostraba al respecto, tuvo la certeza de que su confinamiento se encontraba en dicha franja.

—Amigo, ¿sabía usted que Cristóbal Colón salvó su vida por un eclipse? —le preguntó al carcelero.

—¿Y cómo fue eso? —contestó él muy interesado.

—Resulta que en uno de sus viajes perdió sus víveres y el agua dulce que llevaba —le explicó notándolo receptivo—. Entonces acudió a los indios del Caribe en busca de ayuda, ellos se la negaron. Como era un excelente observador del cielo, utilizó su saber y los amenazó con que esa misma noche la luna se teñiría de sangre. Así ocurrió, pues se trataba de un eclipse de luna, y ellos muy asustados le dieron todo cuanto pidió.

—¿Y cómo es un eclipse de luna? —preguntó Carepalo con curiosidad.

—Es casi lo mismo, sólo que esta vez la tierra le tapa el sol a la luna, y se da en noches de plenilunio.

—En realidad no le entiendo mucho. En cuanto a la historia de Cristóbal Colón, ni crea que a usted le va a pasar lo mismo.

Unas horas después, Fortunato Díez relataría a sus amigos aquella noche de 3 mi-

nutos y 58 segundos, la manera como fue plagiado, desde el momento en que unos hombres armados lo abordaron cuando venía de vender unas vacas en el pueblo: “Esto es un secuestro. Manéjese bien y nada le pasará”, le dijo uno de los plagiarios. Lo subieron a un campero, lo amordazaron, lo maniataron, le vendaron los ojos y entonces se sintió como una de las pepitas del inmenso cascabel en que se le había convertido el mundo. Luego de cinco horas de carretera le destaparon los ojos, le desamarraron las piernas y lo obligaron a caminar durante tres horas por terreno boscoso hasta llegar a un rancho camuflado entre el follaje, y allí lo tumbaron en un cuchitril de 2,50 por 3 metros.

El día del eclipse, Carepalo se mostró ansioso y muy interesado en las notas que la prensa y la radio daban sobre el acontecimiento. Serían las 11 y 20 minutos de la mañana cuando, mirando por las gafitas especiales, dijo “¡mierda! La luna ya empezó a morder el sol” y yo desde mi prisión le pregunté, “¿por qué lado?”, y él me respondió, “por el occidente y parece una almendra de higuerilla”. Guardó silencio y al cabo de un buen rato añadió: “ahora el sol se parece a los cachos de una vaca”, fue entonces cuando desde mi encierro noté que realmente oscurecía y hacía frío.

Empezó a describirme los hechos como si se compadeciera de mi falta de espacio y de campo abierto para ver lo que él veía: “Parecen las 6 y media de la tarde pero con un cierto color de mandarina”, me decía emocionado. “Ahí va un montón de pájaros asustados. Los cogió la noche a destiempo. Don Fortunato, escuche... Los grillos ya empezaron a chillar. Y es verdad que en el suelo se reflejan pequeñas medialunas”.

Por primera vez se refería a mí con el “don” y me sonó tan amistoso, que ya no lo veía como a un criminal. Yo no podía mirar más que un pedazo del bosque a través de las rejas y el perfil de su rostro anonadado por la oscuridad que se aproximaba. De pronto el bosque se llenó de murmullos nocturnos. Sentí la necesidad de arroparme con una sábana y empecé a temblar, no sé si de frío o por la perturbación de no poder mirar en libertad el último eclipse de siglo en mi terruño. Entonces también empecé a llorar.

“Carepalo, ¿qué ves ahora?”, le pregunté distinguiendo su bulto que miraba hacia arriba y me daba la espalda. Él me respondió: “por favor no me hable, no tengo palabras para describir lo que veo”.

El día se había ido en una oscuridad aplastante. Me incliné para tratar de observar el poco cielo que podía llegar a mis ojos, y

por entre las ramas de los árboles, hacia el occidente, alcancé a ver una estrella. Era Venus, el mismo lucero que en las madrugadas veía aparecer a través de una hendidura por donde llegaban a mi celda los primeros rayos del sol, tan sutiles, que a veces los consideraba como una bendición de las Alturas. Entonces le dije a Carepalo: “Yo no puedo ver nada, pero le confieso que tampoco tengo palabras para describir lo que siento”.

Sería la media noche de esa noche de un suspiro, cuando escuché a Carepalo que en tono grave y la voz quebrada dijo: “Es como una bendición de Dios... Sólo que esta vez se puede distinguir la inmensa sombra de su mano”. Me pareció que levantaba los brazos al cielo y susurraba algo como hablándole al Creador.

A mi celda había entrado una luciérnaga. Afuera, el bosque murmuraba en currucutúes, guacharacas, aleteos y ruidos de alimañas entre la hojarasca. Hasta que una luz ambarina empezó a penetrar de nuevo por los ramajes. El trino de los pájaros completó el cuadro de otro amanecer. Esta vez el día volvía más rápido y me olvidé de la opresión mañanera de otra jornada de incertidumbre.

Por más de media hora Carepalo estuvo de pies dándome la espalda y mirando hacia el suelo. Confieso que sentí lástima por aquel

pobre diablo cumpliendo con la misión de no dejarme escapar. Sin mirarme a la cara dijo: “Don Fortunato, en el suelo, a un lado de la reja encuentra las llaves de su celda. Después de lo que vi, siento que no puedo ser el mismo. Le aconsejo que espere a la noche, coja por el camino junto al río y preséntese en el primer caserío que encuentre. Es su libertad y también la mía”.

Atardeció, oscureció y amaneció dos veces en el mismo día. Jamás olvidaré aquella noche. Quizá tampoco la olviden mis nietos cuando se las cuente con palabras que nunca desatarán ese nudo imposible de sentimientos: entre terrible y maravilloso, cruel y humano, miserable y grandioso: puro discurso de Dios escrito en la naturaleza. En cuanto a él, vi cuando se hundió en el bosque como un niño entre las fundas de su madre y desde allí, sin poderlo ver, me gritó: “¡Ah, y mi nombre es Juvenal Fonnegra. Adiós don Fortunato!”

No volví a saber de él. Y fui libre como la luz que renació de aquella oscuridad que me salvó.

De Las tentaciones de Tánatos. Fondo Editorial
Universidad Eafit. Colección Antorcha y Daga.
Medellín, 2006.

